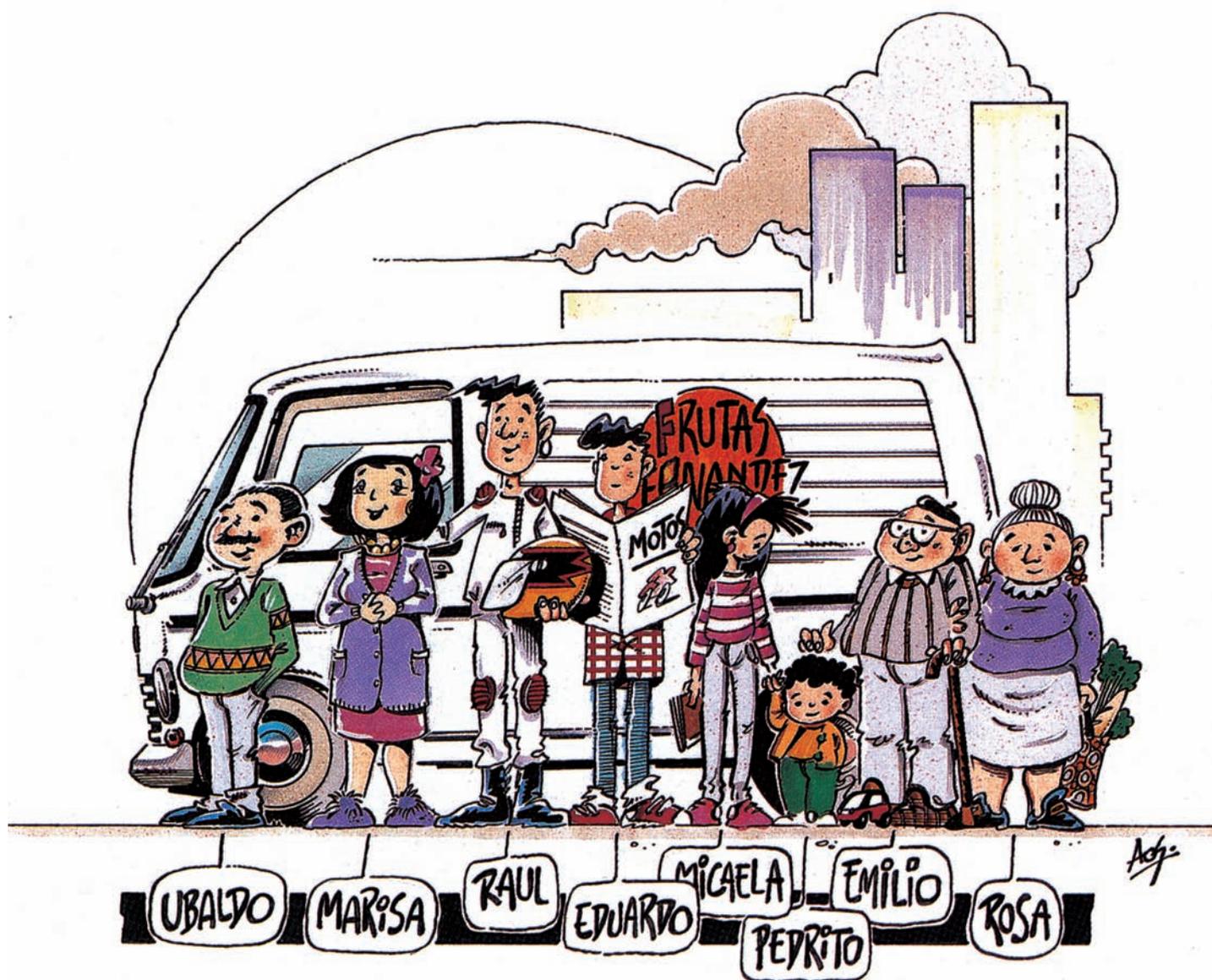


# Educación Vial para Personas Adultas



## FORMACIÓN BÁSICA. NIVEL I NEOLECTORES VOLUMEN I

**Educación Vial  
para Personas Adultas  
Nivel Neolectores**

© DIRECCIÓN GENERAL DE TRÁFICO  
MINISTERIO DEL INTERIOR

Dirigido por: Perfecto Sánchez

NIPO: 128-08-118-6

Depósito Legal: M-55249-2008

Imprime: Estilo Estugraf Impresores, S.L.  
Pol. Ind. Los Huertecillos, Nave 13  
28350 CIEMPOZUELOS (Madrid)

## INDICE

1. La familia Fernández.
2. La fatiga.
3. El sueño.
4. Las drogas y los medicamentos.
5. El alcohol.
6. La utilización de las vías y sus carriles.
7. La velocidad.
8. Distancia de seguridad.
9. Comportamiento en los cruces.
10. Prioridad en estrechamientos, pendientes, paso de peatones y animales.
11. Maniobras: Incorporación a la circulación, cambio de dirección, de carril o de calzada.
12. Maniobras: cambio de sentido de la marcha, marcha hacia atrás.
13. El adelantamiento.
14. Utilización del alumbrado.
15. La señalización óptica y acústica.
16. El cinturón de seguridad.
17. Casco y otros elementos de protección.
18. Los peatones.
19. Transporte de personas.
20. Transporte de cargas.
21. Los neumáticos.
22. Los frenos.
23. Preparación y desarrollo de un viaje.
24. Conducción por autopista.
25. Conducción por autovía.
26. Conducción nocturna.
27. La lluvia.
28. La nieve.
29. El hielo.
30. La niebla.
31. El viento.
32. Los nervios.



## INTRODUCCION

La Dirección General de Tráfico tiene entre sus objetivos prioritarios la educación vial de todos los ciudadanos y ciudadanas.

En un esfuerzo por llegar a todos los sectores de la sociedad, se ha puesto en marcha un programa de atención específica a personas con problemas de lectura comprensiva que asisten a los cursos de Educación Básica en centros de Educación de Personas Adultas.

Pensamos que merece la pena apoyar el esfuerzo que realiza este colectivo de personas que, después de su jornada laboral, tienen la fuerza de voluntad suficiente para asistir a un centro, nocturno en su mayoría, para completar su formación básica e incluso para aprender a leer que le puede permitir, en su día, la obtención del permiso de conducir.

Este libro de lecturas de Educación Vial pretende ser un instrumento más de apoyo a la importante y abnegada labor del profesorado de Educación de Adultos que, en la mayoría de los casos, cuentan con escasos recursos para llevar a cabo su trabajo.

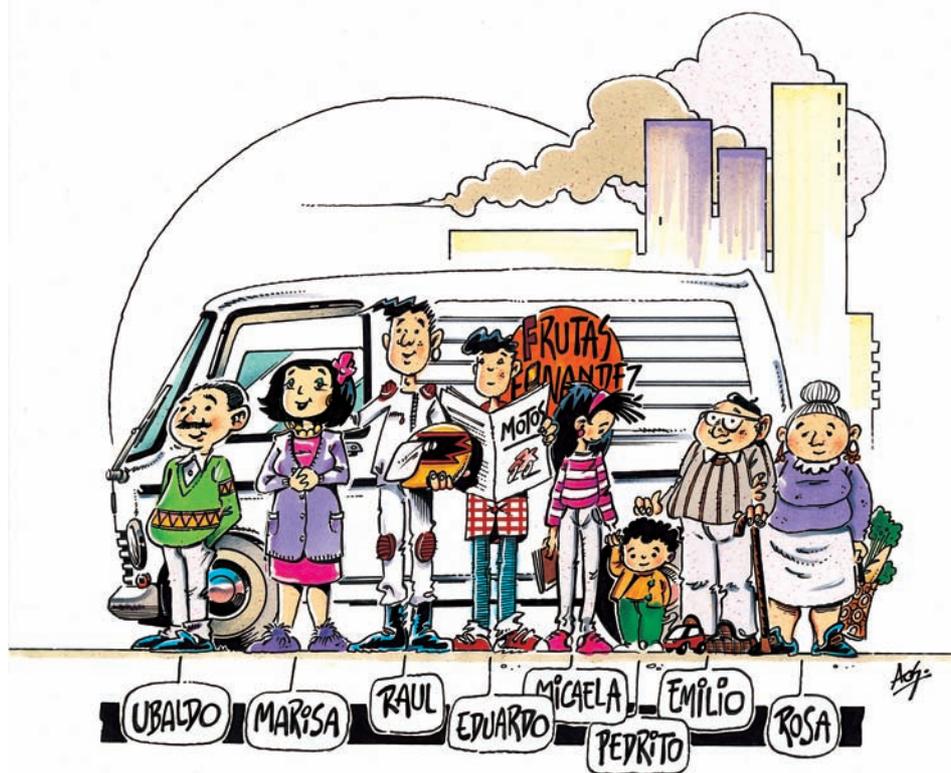
Contiene una serie de relatos en los que se narra las vivencias de una familia, «Los Fernández», en relación con diferentes situaciones del tráfico.

El material se completa con una pequeña Guía Didáctica para el profesor/a.

Para la redacción de las lecturas se ha contado con la colaboración de los maestros de Educación Básica de Personas Adultas del Consorcio Población Marginada de la Comunidad y Ayuntamiento de Madrid.

Esperamos que el material sea útil para todos y que vuestro esfuerzo se vea recompensado.





## 1. LA FAMILIA FERNÁNDEZ

Los Fernández son una familia como otras muchas familias. Sus vidas, inquietudes e ilusiones corren paralelas a las de los vecinos de su ciudad.

Ubaldo es el padre. Trabaja todo el día en la frutería. No ve mucho a sus hijos, pero el poco tiempo que le queda lo dedica todo a ellos.

Marisa es la madre. También trabaja en la frutería, pero al llegar a casa le toca seguir trabajando, aunque Ubaldo comparte con ella las tareas caseras.

Raúl, el mayor de los hijos, tiene 18 años. Trabaja en un taller de reparación de motocicletas. Las motos son su pasión y le gustaría ser corredor profesional.

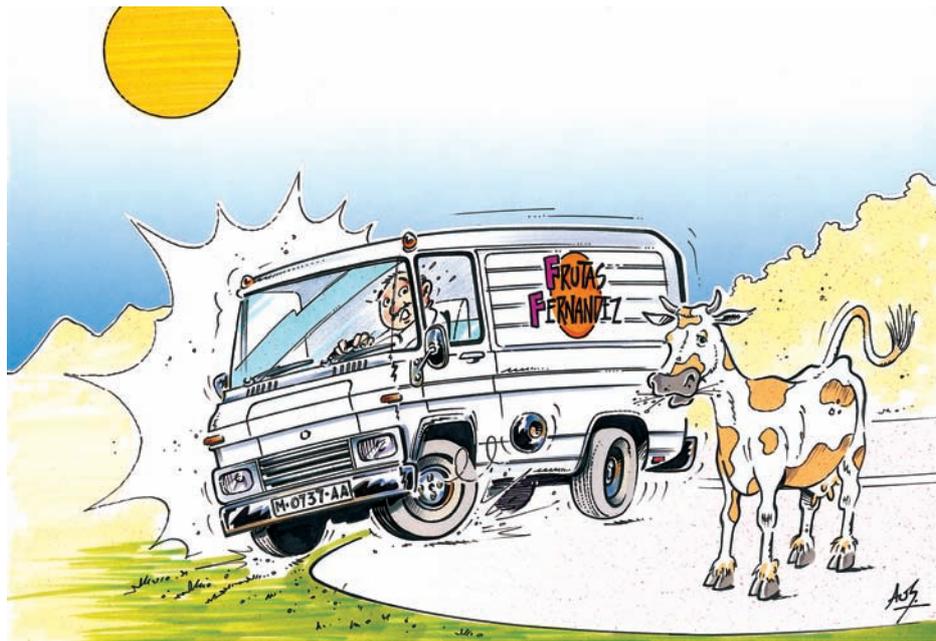
Eduardo tiene 15 años. Estudia Formación Profesional. Conduce un ciclomotor, y esto preocupa mucho a sus padres porque saben que los accidentes con este tipo de vehículo suelen ser muy graves.

Micaela es la niña de la casa. Tiene 11 años y es muy buena estudiante. Como sus hermanos, también es muy aficionada a las motos.

Pedrito es el pequeño. Tiene dos años y es el juguete de la familia.

Emilio y Rosa son los abuelos maternos. Viven con la familia en el mismo piso y son muy felices con sus nietos. Después de los últimos accidentes ocurridos en el barrio, los Fernández están muy preocupados por los problemas del tráfico e intentan educar a sus hijos para que sean buenos ciudadanos, como conductores y peatones.

Son personas que viajan mucho y utilizan la furgoneta para trabajar entre semana y para viajar los fines de semana o en vacaciones. En estas lecturas nos cuentan algunos episodios de su vida en las que también participan otros personajes como: Paco, el mecánico; Adela, la amiga de Raúl; Luis, el camarero del bar, etc.



## 2. LA FATIGA

Era viernes día 31 de julio. Esa mañana Ubaldo se había levantado pronto para ir a Mercamadrid a comprar fruta. La mañana en la frutería se le había hecho larguísima. No hacía más que pensar en las horas que le quedaban para irse de vacaciones.

Eran ya las tres de la tarde. Después de recoger la tienda y despedirse de los compañeros del mercado, Ubaldo montó en su coche y se dispuso a viajar.

Hacía el calor propio de finales de julio.

La noche anterior apenas pudo dormir una hora debido al excesivo calor.

«Tendría que comer algo» pensó, «pero si no paro podré estar en Valencia al caer la tarde».

Ubaldo cogió la A-3 con mucho entusiasmo y con ganas de ver pronto a su familia que ya llevaba 15 días en Valencia.

Hasta que pasó el atasco de salida de Madrid transcurrió una hora.

–¡Por fin! –dijo Ubaldo– ¡A correr!

El calor era agobiante y el cansancio iba en aumento. El hambre, las horas de coche, la falta de sueño, el trabajo y el sol, se estaban convirtiendo en las causas de la fatiga de Ubaldo.

Por un momento pensó que las normas recomiendan que cuando una persona se encuentra así, lo mejor es descansar un rato. La fatiga puede originar despistes que causan accidentes.

Pero, por otro lado, Ubaldo luchaba con el deseo de llegar cuanto antes y de no perder media hora reposando en una calurosa área de descanso.

Unos 30 km más adelante ocurrió lo que de alguna manera se había imaginado.

Al tomar la curva, una vaca se había metido en la carretera. Como estaba muy cansado, reaccionó tarde y lo único que le dio tiempo a hacer fue dar un volantazo y salirse de la carretera.

Por fortuna no ocurrió nada grave. Todo se quedó en un gran susto y en unas pequeñas abolladuras sin demasiada importancia.

Eso sí, después de reponerse del susto y en la siguiente área de descanso, se detuvo a descansar.



### 3. EL SUEÑO

Anoche dormí en el sitio que menos os podéis imaginar.

Cuando ayer por la tarde llegamos de trabajar, Raúl nos estaba esperando impaciente.

–Han llamado del pueblo. A la abuela la han ingresado en el Hospital, pero no os preocupéis, que no es nada grave –dijo Raúl.

–Nos preparamos y salimos inmediatamente –le dije.

–Voy a arreglar a los niños y tú prepara algo para cenar –me contestó Marisa.

Había tenido un día muy duro y me asustaba un poco la idea de conducir de noche, ya que me podía entrar sueño.

En muy poco tiempo todos estábamos preparados y nos pusimos en carretera. Al principio, entre el alboroto de los niños y la conversación de Marisa, todo marchaba bien.

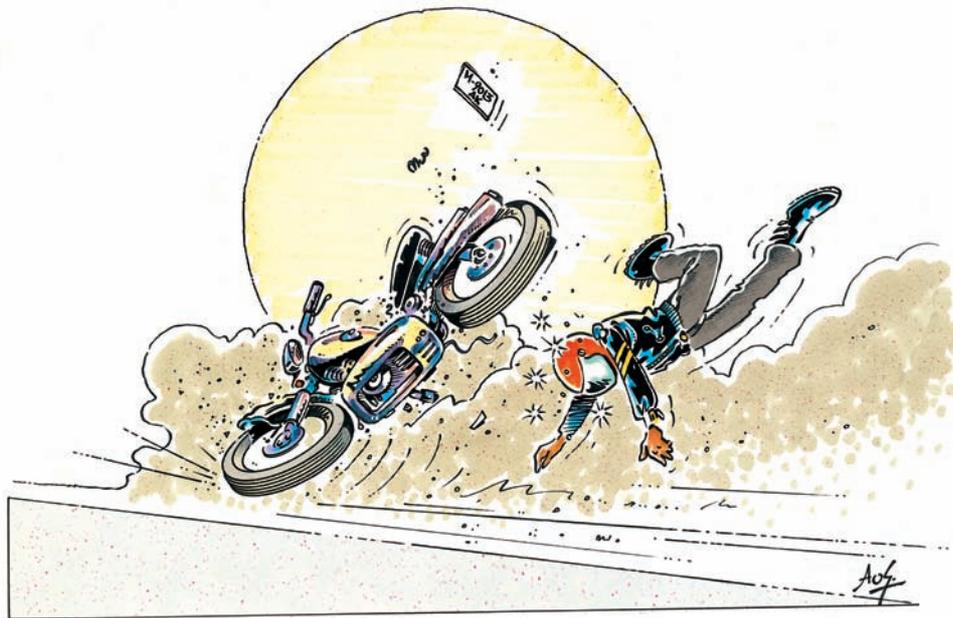
De repente comencé a notar sueño. Los niños ya estaban dormidos y Marisa comenzaba a dar sus primeros cabezazos y a mí comenzaron a picarme los ojos. Cada vez tenía más sueño. No me lo pensé más, paré en la primera gasolinera con idea de reponerme un poco: tomé un café,

di un pequeño paseo para estirar las piernas y charlé un poco con el señor de la gasolinera.

Reanudamos la marcha y durante un buen rato fuimos charlando; al ir distraído no notaba el sueño, pero él estaba ahí. De repente empecé a notar que mi concentración no era la misma y aunque abrí la ventana para que me diera el aire fresco, volví a parar para mojarme la cara. El sueño podía conmigo, así que, decidí parar en un lugar apartado y dormir un rato.

Es una decisión que cuesta tomar porque crees que aguantas y te cuesta retrasar tu viaje, pero ante la duda siempre es mejor dormir que tener un accidente.

Después de unas horas dormido me desperté, me lavé un poco la cara y continuamos la marcha. Mi madre estaba muy bien y probablemente en un par de días esté ya en casa.



#### 4. LAS DROGAS Y LOS MEDICAMENTOS

El abuelo paseaba lentamente por la calle central del barrio. Cuando se acercaba a la casa de Faustino oyó gritos y llantos. Vio a un grupo de personas que se arremolinaban en la puerta. Se acercó y preguntó a Ubaldo que también estaba allí:

–¿Qué ha pasado?

–Juan, el hijo de Faustino, que venía esta tarde de Plasencia, en una recta se ha salido de la carretera y está grave en el hospital.

–¿Y cómo es que en una recta se ha salido? –dijo el abuelo.

–Los de tráfico han dicho que posiblemente se quedara dormido –contestó uno de los reunidos–. La madre dice que estaba tomando unas pastillas para la tensión y que el médico le había dicho que podían dar sueño.

–Ya lo entiendo, yo tomo unas pastillas y he leído en las instrucciones que pueden dar sueño –dijo el abuelo.

–Ya hemos tenido en el barrio dos accidentes por quedarse dormido en una recta. Acuérdate que, por San Juan, tuvo un accidente el hijo de Agustín, el chatarrero. En aquella ocasión dijeron los médicos que

había tomado drogas. Las drogas producen sueño, alteraciones nerviosas y otros síntomas que hacen muy peligrosa la conducción.

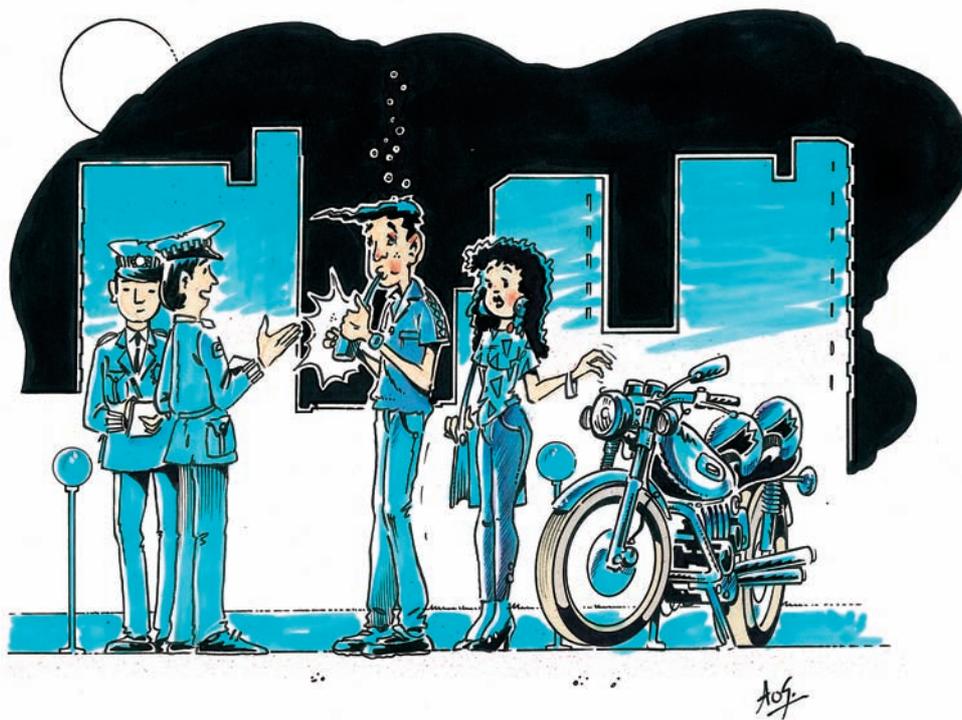
Ya había anochecido cuando Ubaldo y el abuelo se despedían de los reunidos y se encaminaban a su casa. Ubaldo abrió la puerta y se dirigió, sin decir nada, al mueble donde guardaba las medicinas. Rebuscó entre un montón de cajas y envases de medicamentos, cogió una de ellas y sacó de su interior las instrucciones. Desdobló el pequeño papelito y acercándose a la luz comenzó a leer.

Marisa, que le miraba extrañada, le preguntó:

–¿Qué lees?

–Leo las instrucciones de las pastillas que estoy tomando para la gripe para ver si pone que no es conveniente conducir cuando las tome.

Después de un momento de silencio, dobló de nuevo el papelito de las instrucciones y lo metió en la caja. Respiró tranquilo: podía conducir sin problemas, pero sería mejor que le preguntara al doctor para más seguridad.



## 5. EL ALCOHOL

Raúl preparaba una sangría muy fría. Era verano y había organizado una fiesta a la que estaban invitados un grupo de amigos y amigas. Adela y él se encargaban de las bebidas.

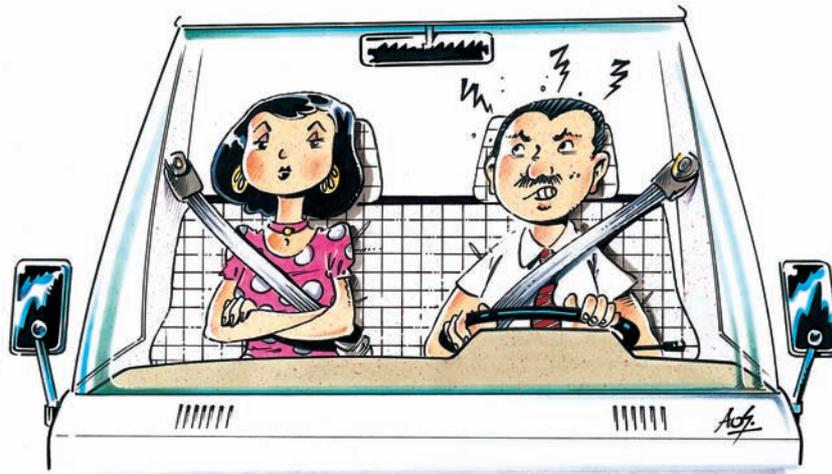
Había de todo. Poco a poco empezaron a llegar y la fiesta se empezó a animar. Hacía mucho calor y la bebida iba disminuyendo rápidamente entre la música y el baile.

Ya bien entrada la noche, Adela le recordó a Raúl que era tarde, y que al día siguiente deberían madrugar porque se iban de viaje. Raúl estaba bastante eufórico. Había bebido demasiada sangría y hacía un calor tremendo. Consiguió convencerle para que abandonaran la fiesta. Ya no había autobuses y Raúl estaba empeñado en volver en la moto, no quería dejarla allí hasta la vuelta del viaje.

Subieron en la moto. Raúl aseguraba que se encontraba perfectamente. Iba más deprisa de lo habitual, aunque él no se daba cuenta. Al girar en la calle donde vivía Adela, vio venir un coche de frente, pero Raúl no redujo la velocidad, veía la calle más ancha y el coche más pequeño. Le pasó rozando y el conductor se llevó un susto tremendo.

Un poco más adelante un coche de policía, que vio el incidente, le hizo señales para que se detuviera. Adela estaba asustada porque veía que Raúl tardaba demasiado en reaccionar y no se daba cuenta de las indicaciones del agente. Pero, al fin, se detuvo.

La policía les hizo la prueba del alcohol, y Raúl dio positivo. Después de extenderle la denuncia, le impidieron seguir conduciendo y le obligaron a dejar allí la moto, ya que no había nadie con permiso para conducir motocicletas. A Adela no le importaba en absoluto, prefería llegar más tarde, aunque al día siguiente tuviesen que madrugar mucho.



## 6. LA UTILIZACIÓN DE LA VÍA Y SUS CARRILES

Eran las tres de la tarde. Hacía mucho calor. Los coches circulaban velozmente por la autopista. Ubaldo, muy serio y callado, cambiaba de marchas con tanta brusquedad que parecía que se iba a quedar la palanca en la mano. El cuentakilómetros marcaba 120 km/h y poco a poco iba aumentando la velocidad. Marisa echó una mirada a la aguja que marcaba la velocidad e hizo un gesto con la cabeza. Ubaldo entendió el mensaje y levantó un poco el pie del acelerador.

–No te preocupes que no paso de 120 km/h –dijo Ubaldo.

–No es necesario que corras tanto, llegamos a tiempo –contestó Marisa.

Ubaldo y Marisa se dirigen al pueblo, van a la boda de una sobrina. Se han entretenido un poco. Están un poco nerviosos y se echan la culpa mutuamente del retraso.

De pronto, Ubaldo comenzó a tocar insistentemente el claxon. Un vehículo que circulaba más lento que él, lo hacía por el carril de la izquierda y le obstaculizaba el paso. Después del claxon vinieron los gestos, los insultos y los ademanes groseros entre los dos conductores.

–Tranquilízate –dijo Marisa–, que ya se apartará.

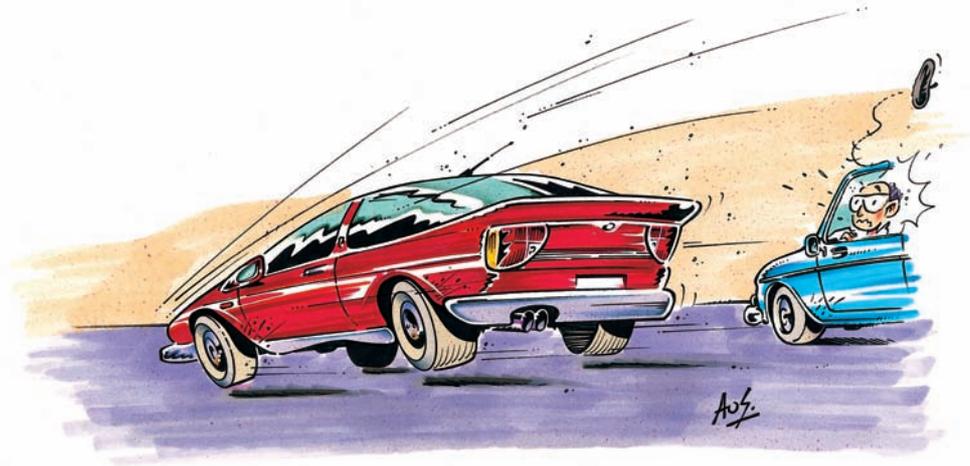
–¿Pero no ves por dónde va? ¡Y encima se pone chulito!

Esta situación duró bastante tiempo. Ubaldo miró nerviosamente al espejo retrovisor y cambió bruscamente de carril, adelantando por la derecha al otro vehículo. Al pasar a su lado increpó con gestos a su conductor, el cual respondió con un gesto de desprecio, volviéndose a colocar en el carril de la izquierda.

Marisa, que está asistiendo a la autoescuela del barrio para sacarse el permiso de conducir, se quedó pensando en todo lo que había ocurrido. «Un vehículo que circulaba por el carril izquierdo impidiendo el paso a los vehículos que circulaban más rápidos; Ubaldo comportándose groseramente con él; el otro respondiendo de la misma manera y, por último, cambio de carril brusco sin señalar la maniobra».

Un fuerte sonido de claxon interrumpió sus pensamientos. Se trataba de un potente vehículo que pretendía adelantarlos. Ubaldo miró por el espejo retrovisor e increpó al otro conductor con gestos y ademanes groseros. Marisa miró a Ubaldo. Fue una mirada que, como dice el refrán, vale más que mil palabras. El mensaje fue recibido. Sin decir nada Ubaldo miró de nuevo por el espejo retrovisor, comprobó que por el carril de la derecha no veía ningún otro vehículo, accionó el intermitente y suavemente cambió de carril. Con un gesto amable pidió disculpas al conductor que le adelantó.

Marisa sonrió feliz mientras Ubaldo se estremecía en su asiento. Continuaron su viaje en silencio meditando en todo lo que había pasado. La verdad es que con un buen ejemplo se aprende más que con la mejor lección.



## 7. LA VELOCIDAD

Como todos los lunes por la mañana, Ubaldo bajaba al bar de Luis a tomar un cafetito. Luis era un forofu del Real Madrid y a Ubaldo le encantaba meterse con él cuando su equipo perdía. La Liga había terminado pero Ubaldo seguía fiel a su cita de todas las mañanas, ya que Luis siempre tenía una buena conversación.

–Buenos días. ¿Qué tal? –saludó Ubaldo.

–Ya ves, leyendo el periódico –contestó Luis–. Todos los lunes se leen las mismas desgracias en las carreteras.

–Claro. No hacemos mucho caso de las recomendaciones de Tráfico –respondió Ubaldo.

–No sólo es eso –dijo Ubaldo–, sino que no aplicamos correctamente el Reglamento de Circulación.

–Por ejemplo, la mayor parte de los accidentes –dijo Luis–, se producen por el exceso de velocidad.

–Sí. Cada vez los coches son mejores, más rápidos y circular sólo a 120 km/h parece muy poco –comentó Ubaldo.

–Oye, Ubaldo –continuó Luis–, el Reglamento está para y por algo. Sólo se puede ir a esa velocidad en las autopistas y autovías. En el resto de las carreteras hay que respetar los límites correspondientes.

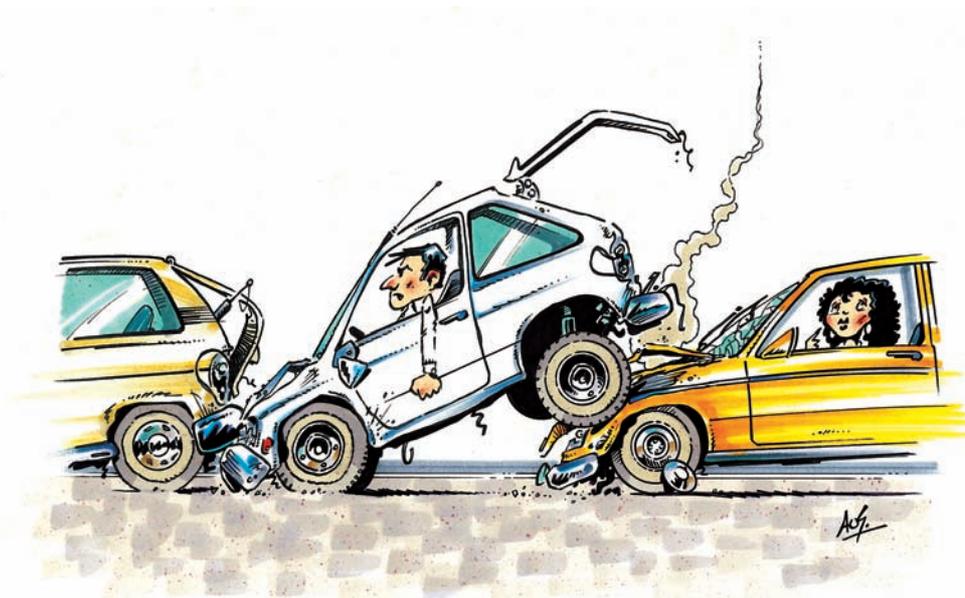
–Luis, yo creo que, además de respetar la velocidad, hay que tener en cuenta las características de la carretera, el tiempo y que las condiciones personales o de otro tipo son las adecuadas –continuó Ubaldo.

–Yo creo que la típica frase «No merece la pena jugarse la vida por ir más deprisa» sólo la decimos cuando no estamos al volante –respondió Luis.

–Sólo hablamos –dijo Ubaldo– de los que van deprisa, pero también los hay que llevan un paso que...

–¡Hombre! –exclamó Luis–. Yo creo que esos conductores que llevan una velocidad muy baja también pueden ocasionar problemas, pero no tan graves como los de velocidad excesiva.

–En fin, cóbrame el café, que me voy «acelerando».



## 8. LA DISTANCIA DE SEGURIDAD

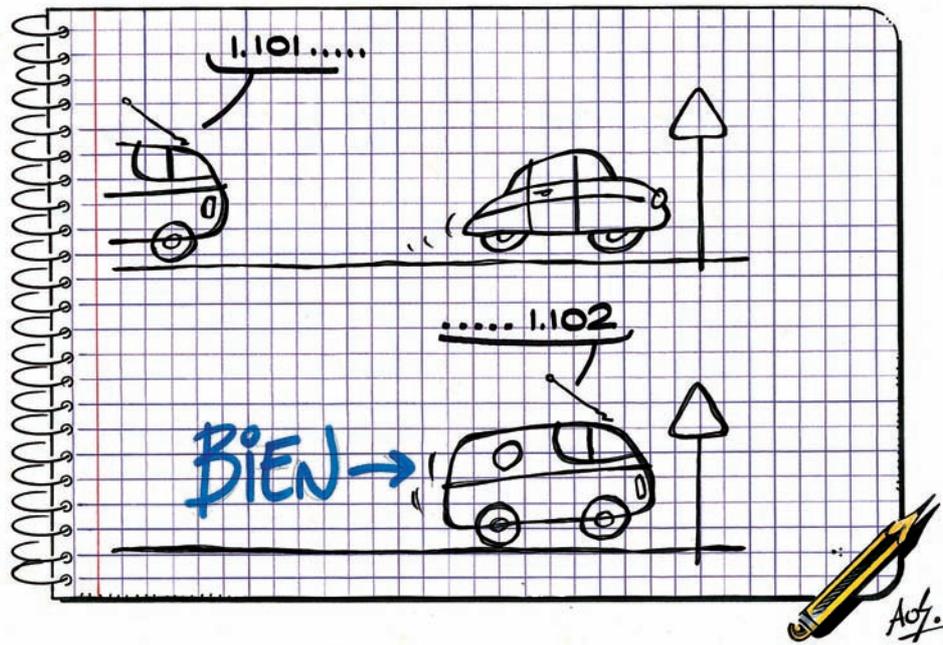
El viernes fuimos a casa de mi abuela. Como era el primer día de un puente, salían muchos coches y tuvimos que ir en caravana.

Cuando llevábamos media hora en carretera vimos un accidente de cuatro coches. El primero había dado un frenazo y el de detrás había chocado con él. Cada uno de los dos siguientes había chocado con el de delante.

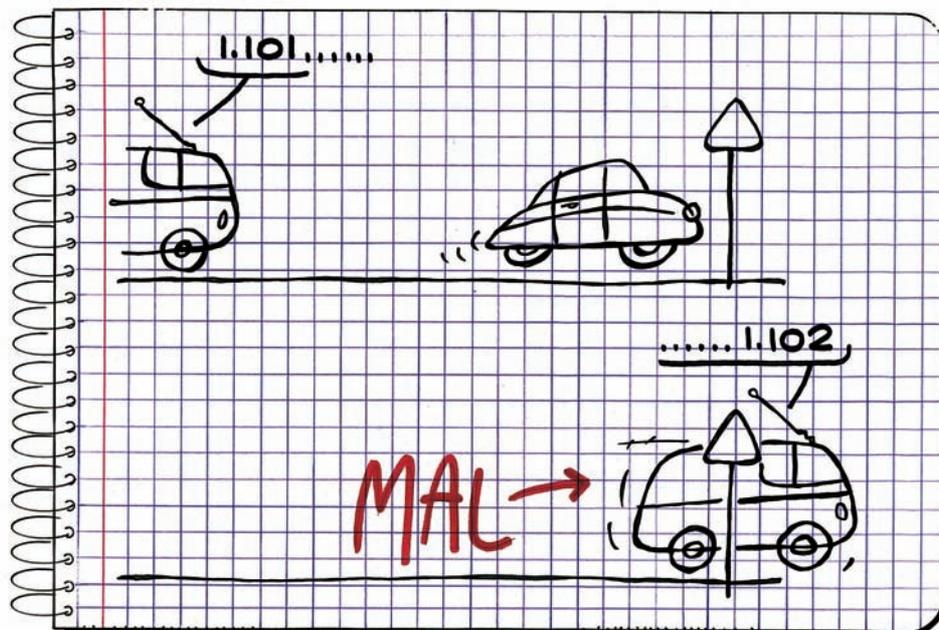
Mi padre dijo que habían chocado porque no llevaban una correcta distancia de seguridad. Me contó entonces un truco que utiliza para saber si va demasiado cerca del coche de delante.

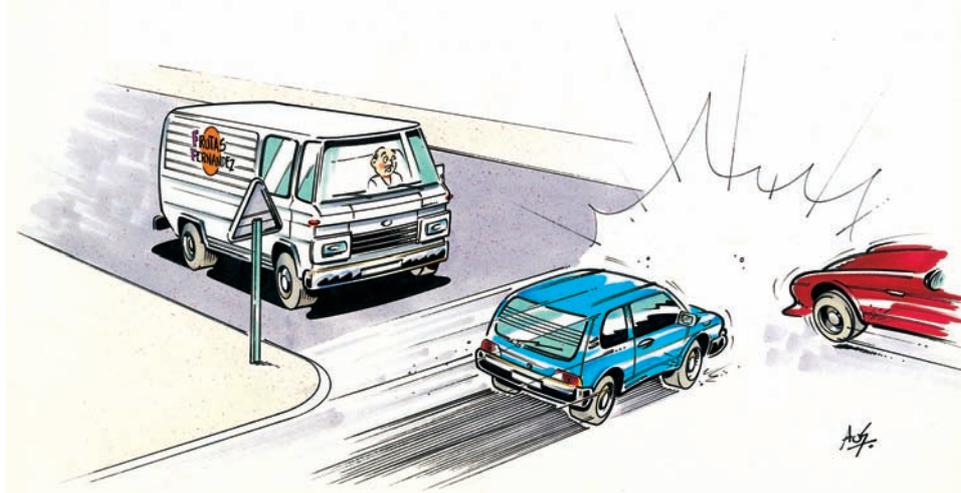
Cuando el coche de delante pasa por alguna señal que hay en la carretera, dices despacio: «Mil ciento uno, mil ciento dos». Si cuando terminas de decirlo tu coche no ha llegado a esa misma señal, sabes que vas a una buena distancia de seguridad. Pero si al terminar tu coche sí ha llegado a la misma señal, sabes que vas demasiado cerca y tienes que separarte un poco más.

Como no lo entendía muy bien, cuando paramos un rato para descansar, mi padre cogió un cuaderno y me hizo este dibujo.



Es importante mantener la distancia de seguridad de modo que podamos detener nuestro vehículo ante cualquier obstáculo que se presente de repente.





## 9. COMPORTAMIENTO EN LOS CRUCES

La semana pasada, cuando regresaba a casa después de haber cerrado la frutería, presencié un accidente.

Dos vehículos chocaron en un cruce. Al parecer, circulaban a demasiada velocidad y uno de ellos no respetó una señal de ceda el paso. Uno de los conductores salió despedido varios metros al romperse la luneta delantera y cuando llegó la ambulancia su cuerpo nadaba en un charco de sangre. La acompañante del otro coche también resultó gravemente herida.

Un guardia civil de Tráfico dijo que los cruces o intersecciones son lugares peligrosos por ser la zona común de dos o más vías.

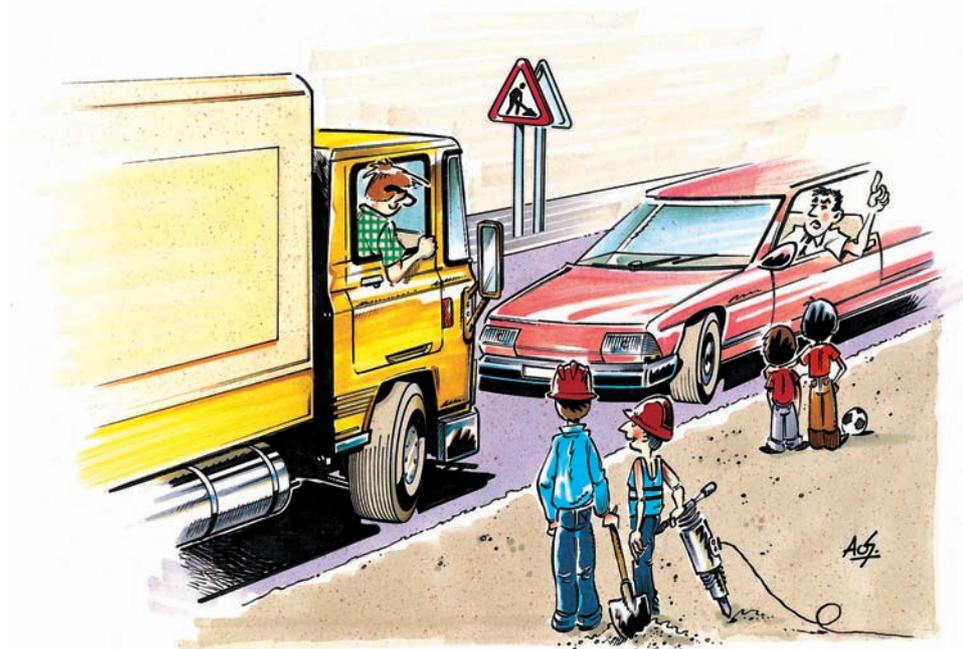
El conductor de la ambulancia dijo que muchos accidentes se evitarían si tuviéramos más precaución al entrar en un cruce y disminuyéramos la velocidad.

Pregunté a los presentes quién había sido el culpable. Según me dijeron, los dos habían sido imprudentes por conducir demasiado

deprisa y por no observar atentamente el tráfico, pero quien tuvo mayor culpa fue el que no respetó la señal de «Ceda el paso».

Se me quedó grabada la imagen de aquel accidente y días más tarde aún recordaba las palabras de uno de los agentes de tráfico que acudieron al accidente: «Si en un cruce no hay ninguna señal, tendrá preferencia aquel vehículo que salga por la derecha. Si existe alguna señal de preferencia, respetaremos lo indicado en ella. Y, en último lugar, la preferencia de paso no está reñida con la cortesía».

A partir de entonces, cada vez que paso por un cruce o intersección disminuyo la velocidad, observo atentamente y sigo las indicaciones de las señales procurando no bloquear nunca las mismas.



## 10. PRIORIDAD EN ESTRECHAMIENTOS, PENDIENTES, PASOS DE PEATONES Y ANIMALES

Todo pasó en un momento. Yo estaba en mi ventana y cuando me quise dar cuenta estaban a punto de chocarse.

En mi calle están haciendo obras y sólo cabe un vehículo. Un coche por un lado y un camión por otro entraron a la vez en la calle. El del coche decía:

—¡Yo he entrado primero, así que no entiendo por qué usted se ha metido! Dé usted marcha atrás.

El del camión no se quedaba atrás con los gritos:

—No, señor, hemos entrado a la vez, pero tiene usted que retroceder, porque para un camión es más difícil la maniobra de marcha atrás.

Pasó un buen rato hasta que el conductor del coche lo entendió. Aunque hubieran entrado a la vez, debería retroceder él. El camión tiene más difícil maniobrar, por ser más grande o estar cargado.

No hubiera sido lo mismo, le explicaba el tendero de enfrente, si hubieran sido dos coches iguales y hubieran estado en cuesta. En este caso, retrocedería el que baja y continuaría su camino el que sube.

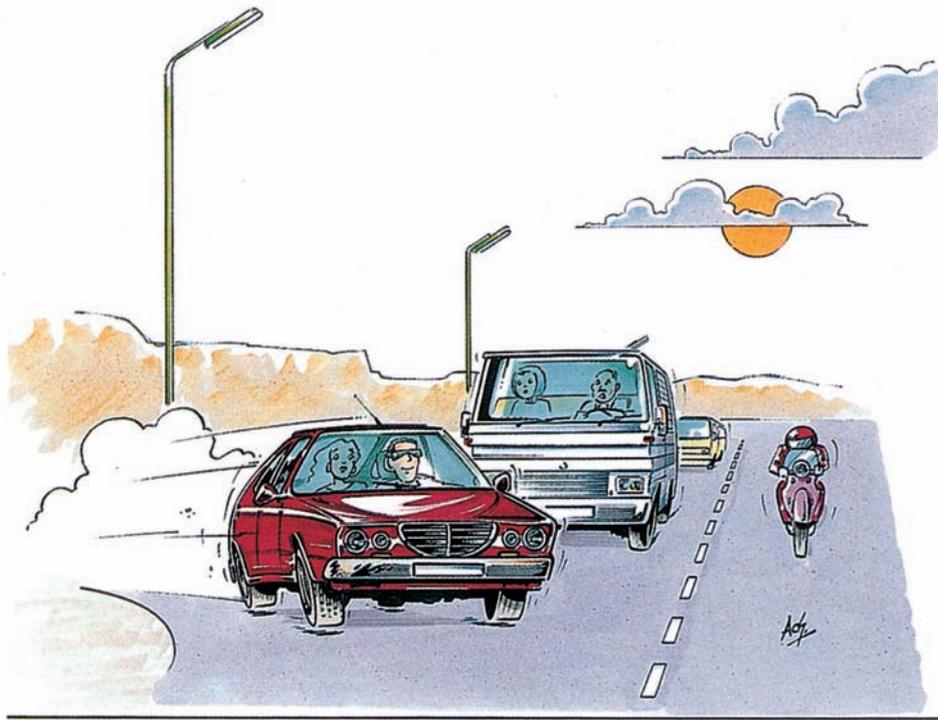
En fin, entre tanto trasiego y confusión, para colmo de líos, casi pillan a un niño que cruzaba la esquina. La madre, que como todos los vecinos estaba asomada a la ventana, se puso a dar gritos: «¡Casi le pilla, casi le pilla...!»

Bajó el padre del niño, que estaba más tranquilo, y empezó a hablar con el conductor del coche. El pobre hombre estaba atacado de los nervios y el padre no hacía más que tranquilizarle diciéndole:

—Debe usted tener más cuidado. Esta vez no ha pasado nada, pero ya sabe, tiene que dejar pasar a los peatones en las esquinas o en los pasos de peatones y a los animales en los sitios señalados para ello.

El pobre conductor no hacía más que prometer que así lo haría.

Al final se tranquilizó la calle, unos arrancaron y otros retrocedieron y todo acabó en anécdota.



## 11. MANIOBRAS: INCORPORACIÓN A LA CIRCULACIÓN, CAMBIO DE DIRECCIÓN, DE CARRIL O DE CALZADA

Montamos en la furgoneta para regresar. Las palmas y los cantos nos acompañaban hasta casa. Micaela, Raúl y yo estábamos muy contentos, habíamos pasado un maravilloso día en el río con nuestros tíos y primos.

La circulación por la autopista era muy intensa pero fluida. De pronto, mi padre giró el volante bruscamente y gritó:

—¿Has visto a ése?! ¡Mira que son brutos! Se va a incorporar a la autopista y ni tan siquiera ha mirado. Primero se mira, luego se señala y finalmente se hace la maniobra. Como cuando te cambias de carril.

Todo quedó en un comentario. Pero más adelante paramos en un bar a tomar algo y mi primo, que iba en una furgoneta detrás de nosotros, comentó a mi padre:

—Casi os la dais, ¿eh?

—¿Si es que salen sin mirar! —dijo mi padre.

—Le podías haber facilitado la incorporación cambiándote de carril —le contestó mi primo.

Seguimos camino hacia casa cuando le pasó algo parecido a mi primo. Iba a hacer un cambio de dirección y miró bien. Al torcer a la izquierda no vio que una bicicleta lo estaba haciendo también. ¡Casi le tira! Luego fue mi padre el que le recriminó diciéndole:

—¿Lo ves?, nadie es perfecto.

—Sí, pero él tenía que ponerse a la izquierda —dijo mi primo.

—No —le contestó mi padre—, si no hay un carril específico para hacerlo, las bicicletas y los ciclomotores deben colocarse a la derecha fuera de la calzada y desde ahí girar a la izquierda.

Todo fue gracioso de presenciar y un divertido final para un día en el río.



## 12. MANIOBRAS: CAMBIO DE SENTIDO DE LA MARCHA, MARCHA HACIA ATRÁS

Estábamos muy contentos. Mi padre nos había llevado a mi hermano y a mí a comprar naranjas a Valencia. Cuando llevábamos más de doscientos kilómetros, mi padre comentó:

—Se ha encendido la luz de la reserva de la gasolina, hay que encontrar una gasolinera.

Todos nos pusimos a mirar por la ventanilla, y al cabo de un rato le grité:

—¡Papá, papá! ¡Una gasolinera!

Pero mi padre tardó en reaccionar y se la pasó.

¡Todo el camino buscando una y luego se la salta! Tuvimos que hacer un cambio de sentido que era un poco complicado, pues había mucho tráfico. Fíjate, si hubiéramos estado en una autopista, en una autovía, en un túnel, en un tramo con poca visibilidad o si existiese alguna señal de prohibido adelantar, no lo hubiésemos podido hacer.

Al final, como había mucho tráfico y el depósito estaba muy vacío, tuvo que parar fuera de la calzada para no entorpecer a los otros y

esperar a que no viniera nadie. Después de un poco de tiempo esperando, mi padre señaló la maniobra y rápidamente dio la vuelta. Yo ya pensaba que tendríamos que empujar la furgoneta hasta la gasolinera, pero al fin llegamos.

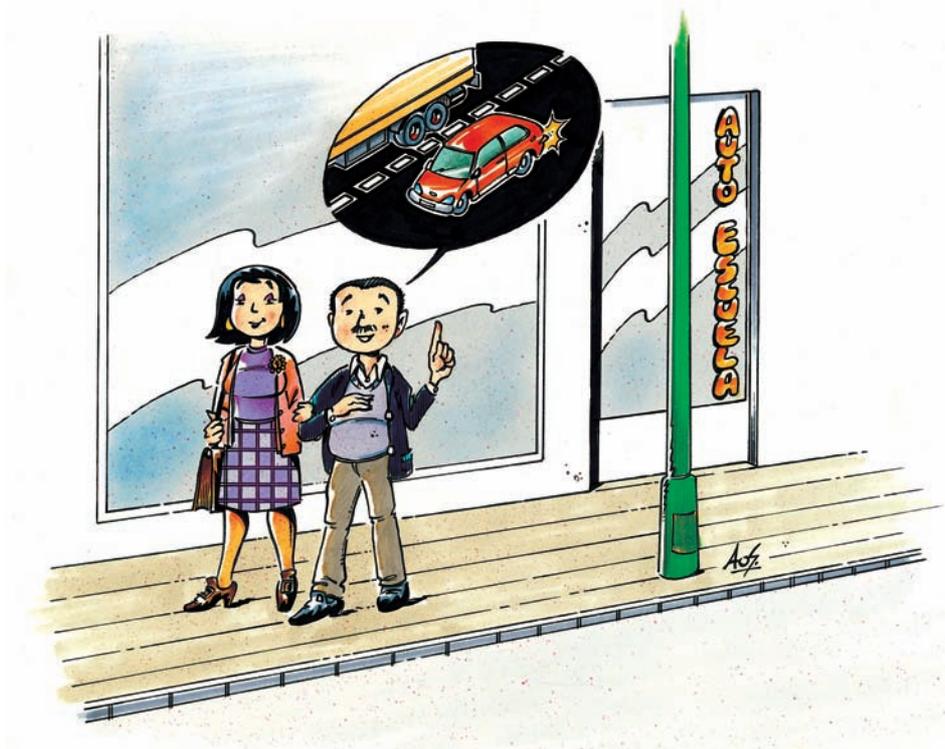
Como era un día de incidencias, no se acabaron ahí los despistes de mi padre. Cuando llegábamos e íbamos a aparcar, mi padre se pasó de largo un sitio; todos diciéndole: ¡ahí, ahí!, y él como si nada, ¿en qué estaría pensando? Paró e intentó dar marcha atrás, pero al final continuó.

—Pero, papá, ¿por qué no das marcha atrás?—, dijo Micaela.

—Porque está prohibido —contestó—. Sólo se puede ir marcha atrás como complemento para hacer una maniobra y no porque nos hayamos pasado.

—Tampoco se puede ir marcha atrás en autovías, ni en autopistas —intervino Marisa.

Por fin llegamos al almacén. Después de cargar la furgoneta, mi padre nos llevó a darnos un baño en la playa.



### 13. EL ADELANTAMIENTO

Como otras muchas tardes Ubaldo acudía a la Autoescuela a recoger a Marisa. Ya había aprobado el examen teórico y había comenzado a dar clases prácticas.

—¿Qué tal se te ha dado hoy? —pregunta Ubaldo.

—Hoy se me ha dado bien. Hemos empezado a realizar adelantamientos. Es una maniobra muy difícil y peligrosa —responde Marisa.

Ubaldo, que siempre presume de ser un buen conductor, asiente con la cabeza.

—Hoy me han enseñado —continúa Marisa— las reglas de seguridad que hay que seguir para realizar un adelantamiento. ¿Tú las aplicas? —preguntó a Ubaldo.

—¿Yo? ¡Siempre! —replicó Ubaldo.

—¡Demuéstrame!

—1.<sup>a</sup> regla PVO, antes de iniciar el adelantamiento. 2.<sup>a</sup> regla RSM, al iniciar la maniobra. 3.<sup>a</sup> regla, otra vez RSM al regresar al carril derecho —contestó con desparpajo Ubaldo.

—¿Pero sabes lo que significa cada una?

—Pues claro que sí —replica Ubaldo casi enfadado—, PVO quiere decir POSICIÓN, VELOCIDAD y OBSERVACIÓN.

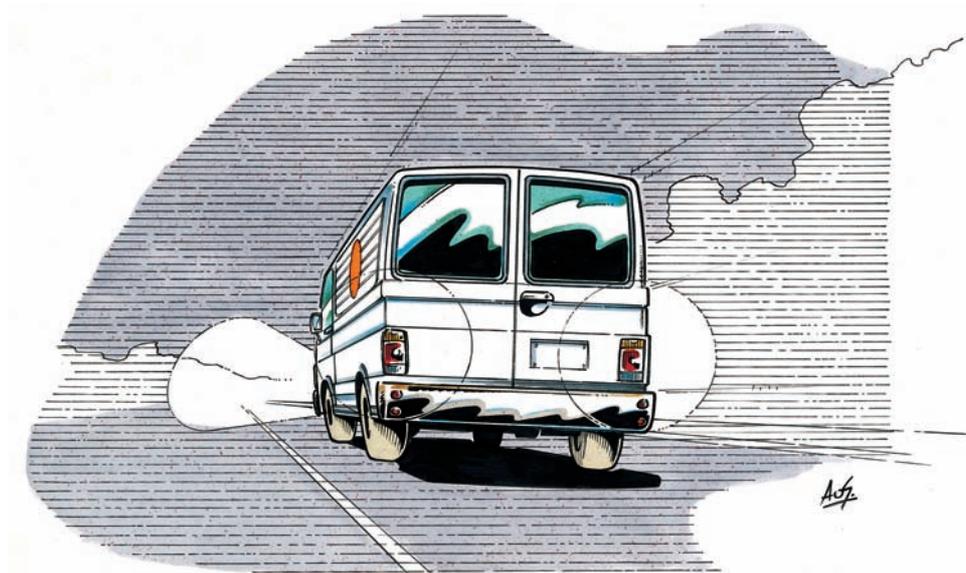
P: Que hay que llevar una POSICIÓN correcta en la carretera. Ni muy lejos ni muy cerca del coche que queremos adelantar. V: Que debemos llevar una VELOCIDAD que nos permita realizar el adelantamiento adecuadamente. O: Que debemos OBSERVAR el tráfico, la vía y las señales para ver si podemos realizar el adelantamiento. RSM: Que significa RETROVISOR, SEÑALIZAR y MANIOBRA. R: Que debemos observar por el RETROVISOR antes de realizar la maniobra. S: SEÑALIZAR con el intermitente. M: Hacer la MANIOBRA.

—¡Vale, vale! ¡Qué chico más listo! —dice Marisa.

—¡Qué! —replica con ironía Ubaldo—. ¿Te creías que no me acordaba?

—Lo que hace falta ahora es que lo cumplas siempre —le contestó Marisa mientras se montaba en el coche.

Marisa sabía que Ubaldo era un buen conductor y siempre que él conducía ella se sentía muy segura.



## 14. UTILIZACIÓN DEL ALUMBRADO

Hoy nos hemos levantado a las cinco de la mañana. Tenemos que estar a primera hora de la mañana en Segovia para comprar ajos y cebollas.

Cuando bajamos a la calle vemos que hay niebla.

—Me parece que vamos a tener mucha niebla —comenta Marisa, que me acompaña en el viaje.

—Eso me temo —le contesté.

Y en efecto, cuando sólo hemos recorrido unos cuantos kilómetros, la niebla se hace muy espesa. Es necesario poner la luz antiniebla delantera y trasera.

La visibilidad es muy escasa, pero afortunadamente, de repente, la niebla se levanta. Quito la luz antiniebla, pero todavía es de noche y la carretera está insuficientemente iluminada y debe llevar la luz de carretera.

Un vehículo que se aproxima por la parte posterior, trae la luz de carretera y me va deslumbrando por el espejo retrovisor. Como no

cambia a la luz de cruce, me pongo el espejo en posición de anti-deslumbramiento.

A los que vienen de frente les debe dejar sin visibilidad. Algunos le dan ráfagas de luz. Esto es lo peor, ya que también me dejan sin ver a mí y tengo que mirar de reojo al lado derecho de la carretera para que no me deslumbre.

Delante de mí va un coche con toda la parte de atrás llena de reflectantes y luces de colores que me distraen. Pienso que están prohibidas y que este conductor hace poco caso a las recomendaciones.

El sol ya ha terminado de salir y como el día está suficientemente claro apago las luces. Al poco tiempo enciendo la luz de cruce, ya que me acerco al túnel de Guadarrama y en él es obligatoria.

Espero tener hoy un buen día. Ya veo a lo lejos Segovia.

Cuando vuelva tengo que llevar el coche para que Paco, el mecánico, me revise los faros, porque no están correctamente reglados y alumbran demasiado bajo.



## 15. LA SEÑALIZACIÓN ÓPTICA Y ACÚSTICA

Era Semana Santa. Como todos los años, íbamos a visitar a nuestros tíos de Sevilla.

Para no coger mucho tráfico habíamos previsto salir de madrugada.

Mientras Marisa terminaba de arreglar a Pedrito y a Micaela, yo metía las maletas en la furgoneta.

Como tardaban mucho comencé a tocar el claxon, repetidas veces, para que se dieran prisa.

—¡Ya vamos! —dijo Micaela, que aparecía por el portal cargada con una bolsa llena de muñecas—. ¡Qué pesadito! ¿Tú no sabes que no se puede tocar el claxon sin motivo o exageradamente?

—¿Y tú no sabes que eres muy lista y que llevo esperando media hora? —contestó Ubaldo enfadado.

—¡Pues te pondrán una multa! —replicó respondona Micaela.

Ubaldo la miró y sonrió. En el fondo sabía que tenía razón. Las señales acústicas sólo se pueden hacer para advertir nuestra presencia o para evitar un accidente.

Una vez montados en la furgoneta, Ubaldo dio el intermitente a la derecha para salir a la calle.

—¿Piensas llevar el intermitente todo el viaje? —dijo Raúl.

—¡Pues vaya viajecito que me van a dar estos sabiondos! —replicó Ubaldo—. Ya sé que hay que dejar de utilizar las señales ópticas cuando ha terminado la maniobra que estaba señalizando, pero si estuvierais callados habría oído el tic-tac y lo habría quitado.

—Si ahora tendremos que ir en la furgoneta como si estuviésemos en misa —contestó Raúl acompañado por las risas de todos.

—Te podríamos comprar un sonotone —dijo Marisa sonriéndose.

Aunque se metían con él, a Ubaldo le gustaba que su familia fuera así. Los veía contentos y felices y eso era lo importante.



## 16. EL CINTURÓN DE SEGURIDAD

Todos los años, por Navidad, la familia viaja al pueblo natal de Ubaldo. Este año van a estrenar una nueva autovía, más rápida, cómoda y segura.

Micaela es una niña traviesa e inquieta. Una vez en carretera pregunta cada cinco minutos a su madre:

—Mamá, ¿queda mucho?

—A lo que Marisa responde:

—Un rato largo, cariño. Colócate detrás de mi asiento y no bailes, que te vas a marear.

Mientras, Raúl y Eduardo juegan al «veo veo».

Ubaldo ha tenido que salir de la autovía. El viaje está por terminar y hay que atravesar tres pueblos hasta llegar a casa de sus padres, que estarán impacientes.

Al coger la carretera principal del primero de los pueblos, un semáforo indica que se pondrá en rojo si se excede la velocidad indicada. Ubaldo no se ha dado cuenta y frena bruscamente. Micaela sigue jugando de un sitio a otro en el asiento de atrás. Con el frenazo ha sali-

do lanzada hacia delante y se ha dado un fuerte golpe en la cabeza contra el asiento de su madre. Raúl y Eduardo llevan el cinturón de seguridad y les ha frenado el gran golpe. Por el contrario, la pobre Micaela se ha hecho un chichón terrible en la frente y llora desconsoladamente.

—¡Mamá, qué daño! ¡Me duele mucho!

—¡Claro! —reprocha Ubaldo—, si te hubieras estado quieta como te ha dicho tu madre, y con el cinturón de seguridad puesto, no te habría pasado nada.

—Vale, vale, cariño —le consuela Marisa—, pararemos a tomar algo y seguro que se te pasa, ¿vale?

Eduardo y Raúl dicen a la vez:

—¡Jo, qué susto nos has dado!

Al llegar a casa, los abuelos los reciben con un gran alborozo. No pueden reprimir su exaltada alegría.

—¡Hijo, hija! ¡Ay, mis niños!

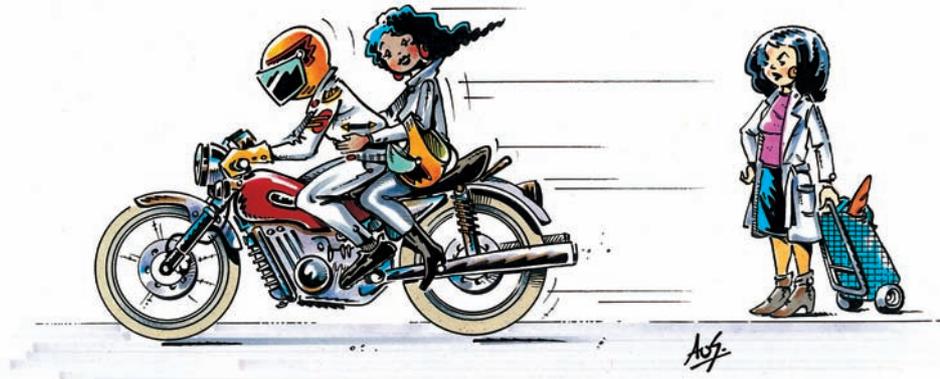
Micaela aprovecha un minuto a solas con su abuela y le dice:

—Abuelita Josefa, tengo pupa, me duele la cabeza.

—¿Y eso, mi niña? ¡Uyyy..., qué chichón tienes!

—Es que no he hecho caso a mamá y no me he puesto el cinturón de seguridad, papá ha frenado y...

—Ven, mi niña, la abuela te lo va a curar con aceite de oliva y mañana, verás... ¡como nueva!



## 17. CASCO Y OTROS ELEMENTOS DE PROTECCIÓN

Marisa salió a dar una vuelta con el perro. Desde que su hijo volvía del taller en la moto siempre esperaba su llegada un poco nerviosa.

Raúl había insistido tanto en tener una moto que su padre le prometió que cuando trabajara le compraría una. Y, desde entonces, empezó la intranquilidad.

Al volver la esquina le vio venir con su amiga Adela detrás. Raúl traía el casco puesto. Su padre le había hecho prometer que se lo pondría siempre que fuera en la moto, ya que, además de ser obligatorio, podía llegar a salvarle la vida.

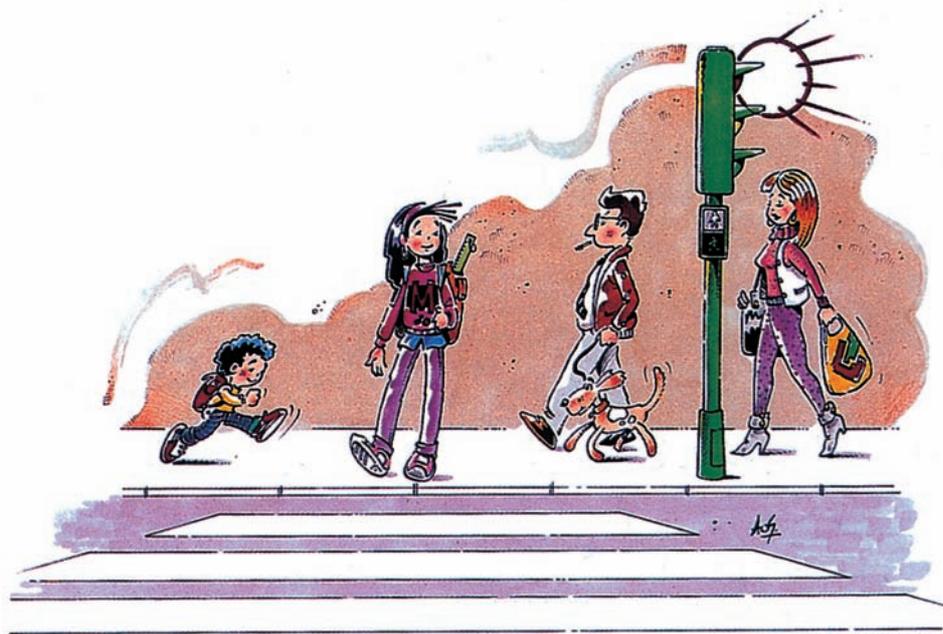
Marisa recordaba que cuando fueron a comprárselo a la tienda, les explicaron que había diferentes tamaños de cascos, que tenía que ser homologado y que se ajustara a su medida. Se fijó en que uno de ellos tenía un pequeño cartel: «No me quites en caso de accidente». Recordó, en ese momento, lo que le habían explicado en la autoescuela: «Es peligroso quitar el casco a un motorista que ha tenido un accidente, es

conveniente llevarlo al hospital siempre con el casco puesto, pues allí los médicos saben lo que tienen que hacer». Marisa no quiso seguir pensando en eso y echó un vistazo al resto de artículos de la tienda. Se fijaron en las gafas de seguridad y le compraron unas pensando en la molestia del viento en los ojos.

Cuando Raúl llegó con la moto donde estaba su madre, Marisa observó que Adela llevaba el casco en el brazo y frunció el ceño: «Adela era la chica más presumida del mundo» —pensó—, «seguro que no se pone el casco por coquetería».

—Ya sabes —dijo Marisa— que el casco es obligatorio para todos los que van en la moto. Si a tu amiga no le gusta ponérselo tendrá que volver en autobús.

—No te preocupes, que el próximo día se lo pondrá —contestó Raúl.



## 18. LOS PEATONES

Raúl, como todas las tardes, regresaba a casa en su moto. Entraba lentamente por la calle principal del barrio. Aparcaba frente a su casa. Se quitaba el casco y lo ataba con una cadena al asiento.

Marisa, que le veía llegar desde la ventana, enseguida notó que algo había pasado.

—Tienes mala cara. ¿Qué ha pasado? —le dijo nada más verle.

—Un coche, que ha atropellado a un señor mayor que iba a cruzar una calle.

—Los conductores deben tener mucho cuidado con los peatones. Tienen el mismo derecho a circular por la vía pública que los conductores y hay que respetarles —dijo Marisa.

—Es que los peatones van por cualquier lado. Tienen que ir por la izquierda en las aceras, zonas peatonales y en carretera —contestó Raúl.

—Sí, de acuerdo —contestó Marisa—, pero los conductores deben prestar una atención especial a los peatones y mucho más si son niños o personas mayores.

Micaela, que estaba escuchando la conversación, intervino.

—En el colegio me han enseñado que se debe cruzar por los semáforos o pasos para peatones y, si no los hay, procurar cruzar siempre por las esquinas mirando a izquierda y derecha antes de hacerlo.

—Muy bien, Micaela —dijo Marisa haciéndole una caricia en la cabeza.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, que alguna vez te he visto cruzar sin mirar —dijo Raúl dirigiéndose a Micaela.

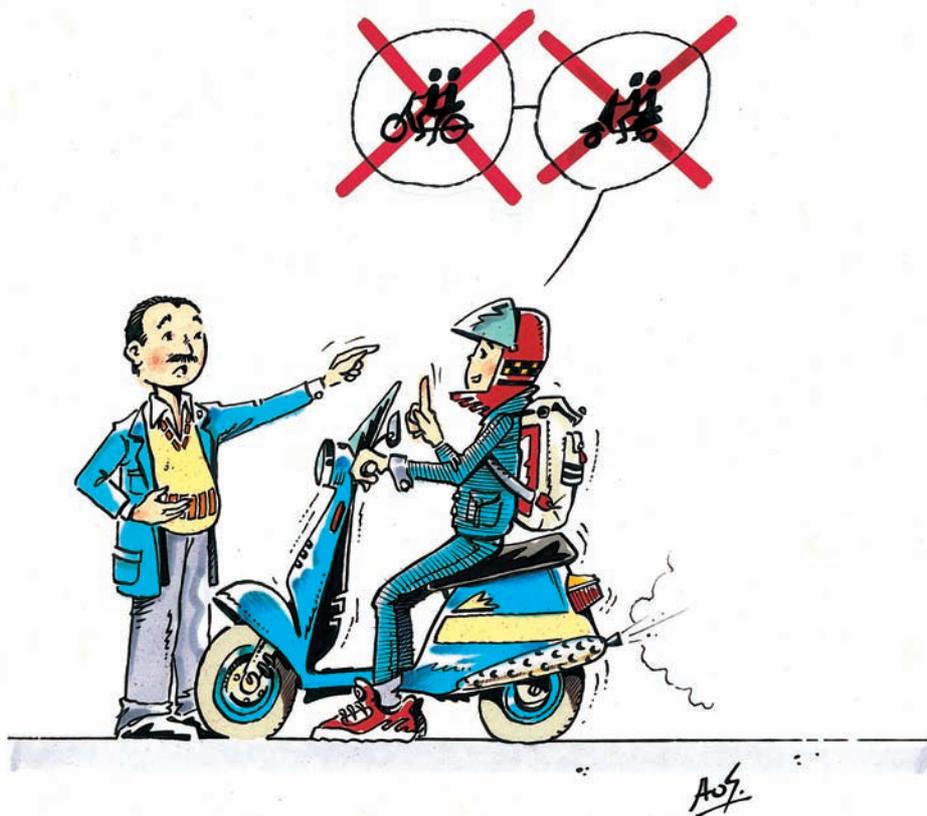
Micaela sonrió y siguió jugando.

Marisa, que hacía poco tiempo que se había sacado el permiso de conducir, recordaba las normas generales que hay que respetar en cualquier sitio donde haya peatones:

«Debemos calcular más tiempo para detenernos si la calzada está mojada o helada».

«Debemos dar mucho tiempo a los niños, a las personas de edad, ciegos o enfermos para atravesar la calzada».

«Nunca debemos indicar a los peatones que les permitimos el paso, ya que puede venir otro vehículo que no se ha percatado de ello y atropellarlos».



## 19. TRANSPORTE DE PERSONAS

Nos levantamos por la mañana temprano. Era día de trabajo y cada uno tenía que cumplir con su tarea.

Yo iba a clase en ciclomotor. Papá quería que le llevara, ya que tenía que ir a recoger la furgoneta, que estaba en el taller. Yo le dije que el Reglamento de Circulación prohíbe ir dos personas en ciclomotor si no consta en el permiso de circulación, como lo está el mío. Le propuse que se fuera en la motocicleta con Raúl. En la moto sí pueden viajar dos personas.

Al mismo tiempo, también salían de casa mamá, Micaela y Pedro. Ellos se llevaban el turismo que mamá se había comprado cuando sacó el permiso de conducir. Micaela, que tiene menos de doce años, pretendía ir sentada en el asiento delantero, pero mamá los puso a los dos en los asientos traseros. A Pedrito, como tiene dos años, le metió en la silla para que así no se pudiese levantar y mamá tuviese la suficiente visibilidad para poder conducir.

Micaela seguía protestando, pero mamá nos recordó a todos que el Reglamento de Circulación dice que está prohibido que los menores

de 12 años viajen en los asientos delanteros, salvo que utilicen un asiento de seguridad para menores u otro dispositivo homologado.

—Así que tenéis que ir en los asientos traseros, y tú —dirigiéndose a Micaela—, ponte el cinturón de seguridad.

Mamá procuraba aplicar sus lecciones, por ello los sentó en la parte trasera, se aseguró que los dos llevasen bien puesto el cinturón de seguridad, y les echó el seguro de las puertas para que no las pudiesen abrir desde dentro.



## 20. TRANSPORTE DE CARGAS

Ya estaban todos los niños acostados. Marisa leía una revista y Ubaldo escribía una carta.

—Ya he terminado de escribir a mi hermano Paco. Léela a ver que te parece —dijo Ubaldo sentándose a su lado.

Marisa cogió la carta y comenzó a leer en alto:

*Querido hermano:*

*Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien, nosotros estamos todos bien.*

*Aquí las cosas cada vez son más difíciles. Lo peor de todo es que la semana pasada tuvimos un accidente, pero no te preocupes, que a nosotros no nos ha pasado nada.*

*Te preguntarás que cómo fue. Pues, resulta que se nos había estropeado la furgoneta y tuve que llevarme el turismo para ir a por la fruta. La cargué hasta arriba e incluso puse cajas en la baca. En una curva no pude controlar el coche y volqué.*

*El exceso de peso y el volumen de lo que puse en la baca fueron la causa, y es que los coches están para lo que están y no se les puede*

*cargar como si fueran camiones. En un turismo sólo se pueden cargar bultos que se consideren equipajes.*

*Además llevaba en la baca unas barras que sobresalían por delante y por detrás, y eso para los turismos también está prohibido.*

*Bueno, lo importante es que todo se quedó en un susto y la próxima vez ya sé lo que tengo que hacer.*

*Sin más que contarte, se despide tu hermano que te quiere.*

*P.D.: En tu próxima carta cuéntame qué tal te va el negocio. Marisa y los niños te envían muchos besos.*

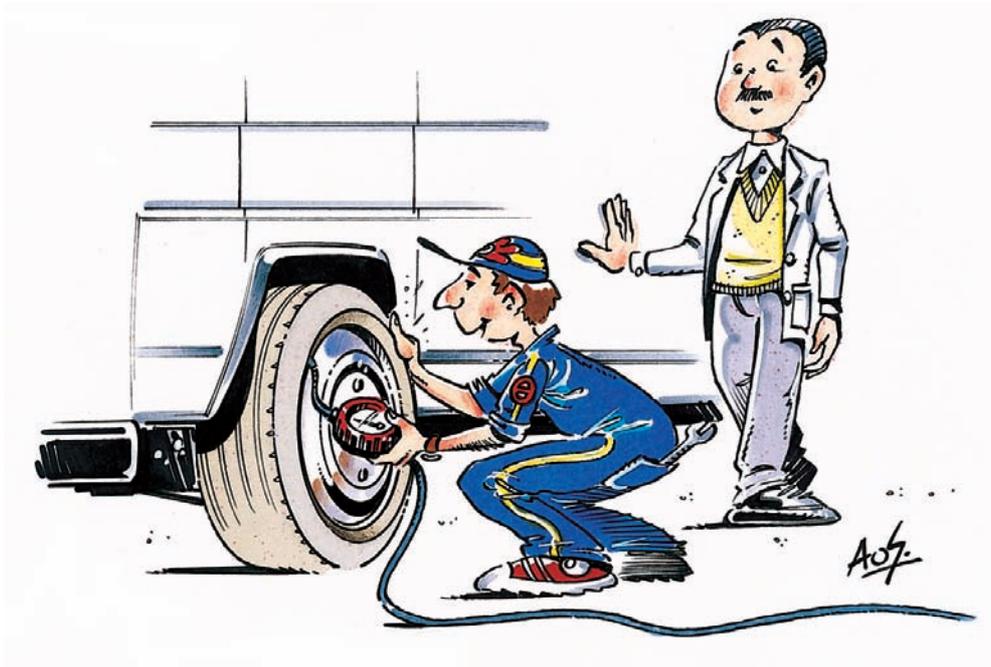
Marisa terminó de leer la carta y esbozó una sonrisa. Ubaldo, como esperando una respuesta, la miraba.

—¿Qué te parece?

—Bien, me parece bien —contestó Marisa mientras le entregaba la carta—, pero se te ha olvidado decirle que para San Juan vamos a ir al pueblo.

—¡Es verdad! Contándole lo del accidente se me ha olvidado.

Ubaldo cogió de nuevo la carta y se puso a escribir.



## 21. LOS NEUMÁTICOS

Ubaldo y Marisa habían terminado la jornada y se dirigían de regreso a casa. Caía una fina lluvia que mojaba la calzada.

La circulación era intensa pero fluida y, dado el estado de la carretera, era conveniente guardar una correcta distancia de seguridad.

De pronto, el conductor del vehículo de delante frenó bruscamente y obligó a Ubaldo a frenar. Sintió que el coche se deslizaba por la carretera como si fuera una pista de hielo. Al final, después de un derrapaje, el vehículo se detuvo.

Ubaldo se quedó muy preocupado, nunca le había pasado nada igual. Al llegar a casa se lo contaron al abuelo.

—Yo creo que lo mejor que puedes hacer es llevar el coche al taller de Paco y que te mire los neumáticos —dijo el abuelo.

—Tienes razón, esta misma tarde pasaré por el taller.

Al llegar al taller, Paco, con una simple mirada a los neumáticos, se dio cuenta de lo que pasaba.

—Mira —señalándole la rodadura del neumático—, ¡cómo no vas a derrapar si están casi lisos!

Pacientemente Paco le explicó que los neumáticos son el único contacto con el pavimento. Son como el calzado y tiene que estar en perfecto estado para que se agarre bien al suelo.

—De todas las formas —dijo Paco—, voy a mirar la presión de las ruedas. Esto lo tienes que hacer periódicamente, pues un inflado incorrecto puede ser peligroso.

—De vez en cuando las miro, cuando me acuerdo —dijo Ubaldo.

—La presión está bien —contestó Paco—, pero la rueda derecha es diferente a las demás. Todas las ruedas tienen que ser iguales, o por lo menos las del mismo eje.

—No lo sabía. De todas formas, también he notado que últimamente el volante tiene vibraciones.

—¿Eso puede ser de los neumáticos? —preguntó Ubaldo.

—Sí. Eso puede ser porque las ruedas están desequilibradas. Ahora, cuanto te cambie el neumático, te las equilibraré todas —contestó Paco.

De vuelta a casa, Ubaldo comentó a Marisa lo seguro que se conduce cuando se sabe que el vehículo está en perfecto estado.



## 22. LOS FRENOS

Volvíamos a casa, después de pasar un día en la sierra, cuando noté que el coche se me iba a la derecha al frenar.

Aunque no quise comentarlo, no se me iba de la cabeza la frase que tantas veces nos repetía el profesor de la autoescuela:

«Unos frenos en mal estado puede ser causa de accidente».

A la mañana siguiente, llevé el coche al taller de Paco. Cuando le dije que tenía problemas con los frenos enseguida me preguntó si se hundía mucho el pedal, si había mirado el nivel del líquido o si sólo se desviaba el coche al frenar. Le dije que se desviaba al frenar y me explicó que los frenos podían estar desequilibrados.

Mientras Paco arreglaba los frenos, aproveché la ocasión para aclarar una duda que a veces me preocupaba: Si un día me fallan los frenos, ¿qué debo hacer?

Paco me detalló lo que debía hacer. Primero, accionar intermitentemente el pedal para estar seguro del fallo. Si falla el freno de pie, pasaremos inmediatamente a la marcha más corta posible; de forma rápida y progresiva, tiraremos del freno de mano. Si no hay otro remedio,

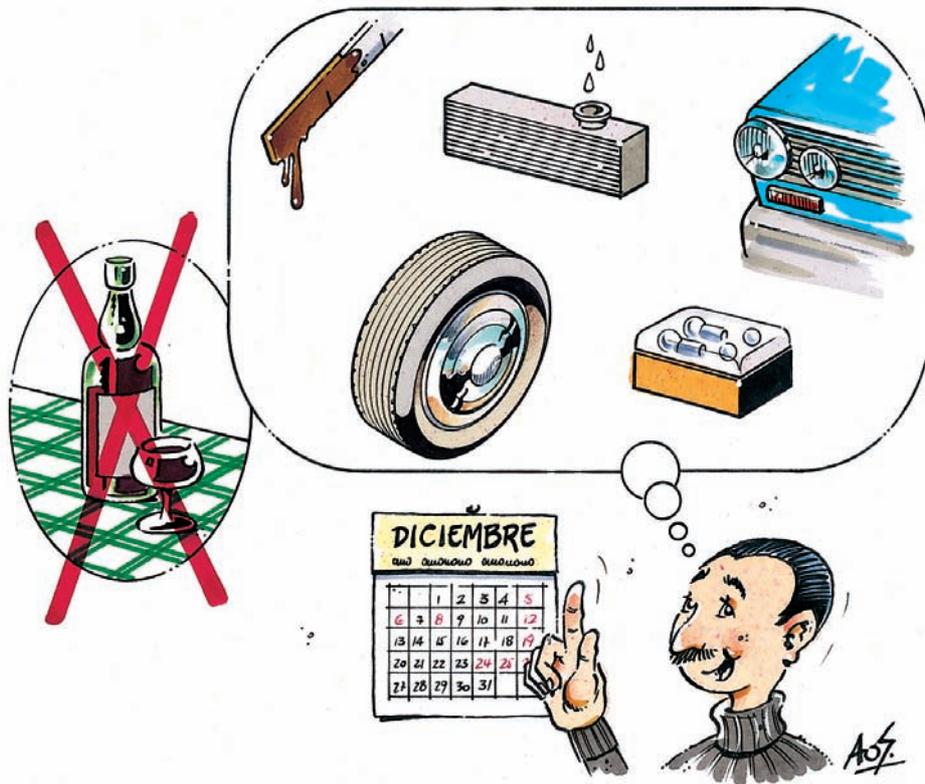
desviaremos al vehículo fuera de la calzada hacia el lugar menos peligroso; en este caso no se debe olvidar cortar antes el encendido para evitar la posibilidad de incendio.

De todas las maneras me recomendó que, para evitar el calentamiento de los frenos, por su uso continuo y prolongado, es mejor que sea el motor el que haga de freno empleando una relación de velocidad más corta. No es cierto que eso pueda perjudicar al motor.

Metido ya en la conversación, le pregunté qué era lo correcto en caso de detención de urgencia.

—Si esta no es predecible —me explicó—, pisa a fondo el pedal del freno varias veces y lo más rápido posible. Si al frenar patinan las ruedas y el volante no responde, debes aflojar el pedal del freno para hacerte con la dirección del vehículo.

No era cuestión de entretener más a Paco, así que dejé el coche y me fui. De camino a casa fui recordando todo lo que me había dicho.



### 23. PREPARACIÓN Y DESARROLLO DE UN VIAJE

Estaban próximas las Navidades. Como todos los años, los Fernández las pasarán en Extremadura con sus familiares.

Aunque todavía quedan algunos días, los medios de comunicación ya difunden los mensajes de la Dirección General de Tráfico para conseguir que la «Operación Salida» sea lo más fluida y segura posible.

Ubaldo, que siempre procura seguir los consejos, escucha atentamente las recomendaciones que da la TV para la preparación y el desarrollo del viaje.

—Mañana tengo que hacer las comprobaciones de la furgoneta que recomienda Tráfico.

—¿Pero otra vez tienes que llevar la furgoneta al taller? —dice Marisa, que no está prestando mucha atención a lo que decía la TV— ¡Pero si tan sólo hace unos días que la has llevado!

—No —contestó Ubaldo con una sonrisa—. Todo lo que hay que comprobar lo puedo hacer yo sin ir al taller: comprobar el aceite del motor, el agua del radiador, si funcionan las luces, el estado y la presión de los neumáticos, si llevo la rueda y las luces de repuesto, etc.

—Ya me habías asustado —dijo Marisa—. También tenemos que llamar al teléfono de información de Tráfico —continuó Ubaldo—, el 900 123 505; en él nos informarán del estado de las carreteras y de la ruta mejor.

—En la autoescuela me han dicho que es conveniente parar a descansar cada dos horas o doscientos kilómetros, hacer comidas ligeras para que no dé sueño y nunca beber alcohol —dijo Marisa.

—¿Y, no te han dicho que no hay que llevar exceso de equipaje? —dijo Ubaldo con no muy buenas intenciones.

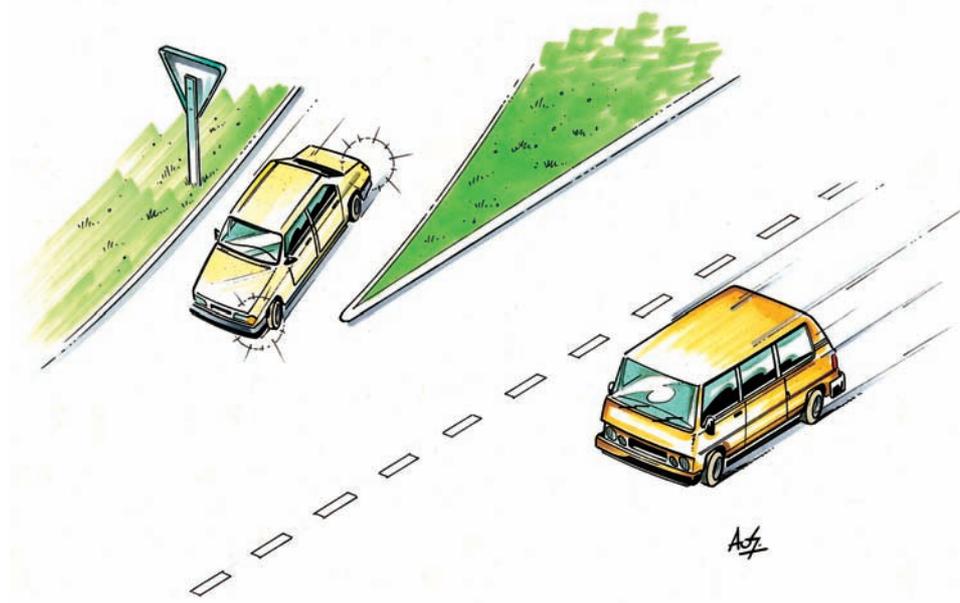
—¡Que te veo venir! —dijo Marisa—. ¿A qué te refieres?

—No, a nada, a nada, no me refiero a nada —dijo Ubaldo.

—Porque sólo llevo lo que necesito —contestó Marisa.

—Pues podrías necesitar menos —replicó Ubaldo.

El matrimonio siguió la discusión, pero seguro que la sangre no llega al río. Al final, Marisa llevará lo que necesite y Ubaldo, como siempre, será transigente y lo cargará todo en la furgoneta, eso sí, sin que esté en peligro la seguridad vial.



## 24. CONDUCCIÓN POR AUTOPISTA

Marisa estaba como una niña con zapatos nuevos. No era para menos. Ya tenía el permiso de conducir en el bolsillo.

Para celebrarlo, toda la familia la había convencido para que los invitara a comer una chuletada en el campo. Le habían puesto una condición: tenía que conducir ella.

Lo que más miedo le daba era entrar en la autopista, pero Ubaldo la animaba y le decía que no se preocupara.

—Lo que más miedo me da —decía Marisa— es la entrada por el carril de aceleración y la salida por el de desaceleración.

—Es muy sencillo —contestó Ubaldo con tono magistral y gesticulando con los brazos—, para entrar, observas el tráfico, si no viene nadie por el carril de la izquierda, señalizas con el intermitente y entras acelerando. Para salir —continuaba explicando Ubaldo— te colocas con tiempo en el carril de la derecha, das el intermitente de la derecha y te desplazas para salir por el carril de desaceleración. Nunca frenes en la autopista, siempre cuando ya estés en el carril de deceleración.

—Ya, si eso ya lo sé, pero como en la autopista la velocidad es muy alta, hay que ir con cuidado —comentó Marisa.

Marisa lo estaba haciendo muy bien. Durante todo el camino fue recordando lo aprendido en la autoescuela sobre las características de las autopistas y los tipos de vehículos que no pueden circular por ella.

Ubaldo la miraba en silencio. Se daba cuenta de que iba preocupada.

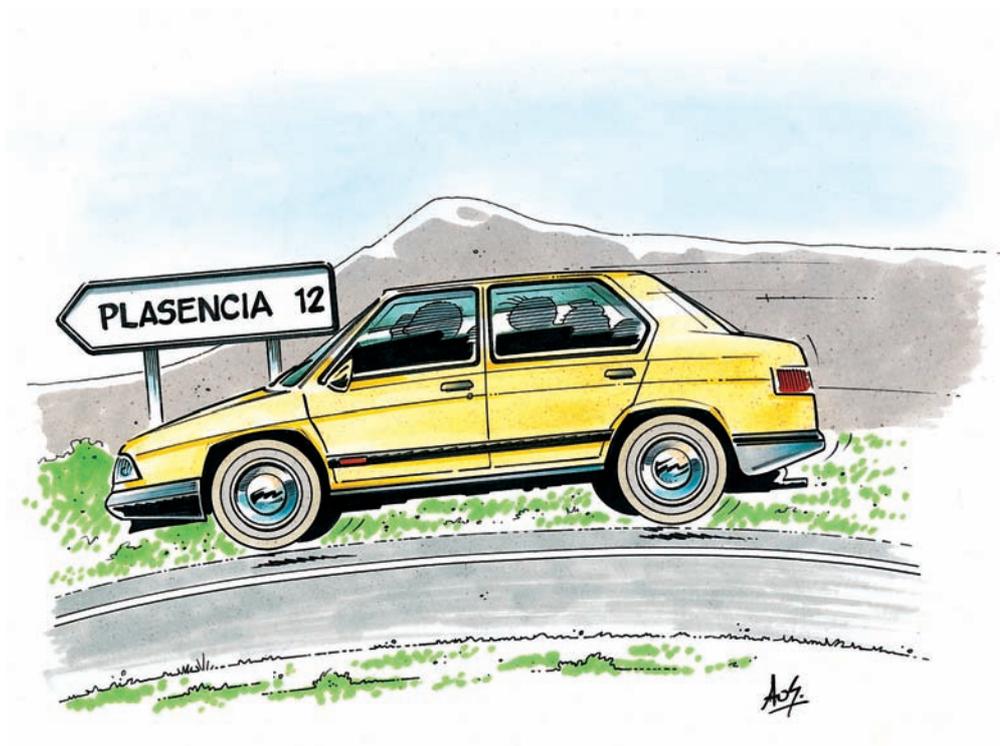
—No te preocupes que lo estás haciendo casi tan bien como yo —dijo Ubaldo con tono de humor.

—Muy gracioso —contestó Marisa.

Cuando al fin llegaron, Marisa respiró tranquila. Ubaldo, que vio su cara de alegría, pidió un aplauso para la conductora.

—Gracias, gracias —respondía Marisa a los aplausos y vítores.

Todos sabían que con un poco más de práctica llegaría a ser una buena conductora.



## 25. CONDUCCIÓN POR AUTOVÍA

Había llegado la Navidad y, como todos los años, pensábamos pasarla en Mérida junto a toda la familia. Casi no cabíamos en el coche con todas las cosas que llevábamos.

Al entrar en la autovía por el carril de aceleración nos dimos cuenta de que todas las señales informativas eran de color azul y tenían los símbolos en blanco.

Mi padre dijo que esta carretera era muy parecida a las autopistas porque tiene varios carriles separados para cada sentido y los vehículos circulan a mucha velocidad, y como en ella, no pueden circular vehículos de tracción animal, bicicletas, ciclomotores ni vehículos para personas de movilidad reducida, aunque sí pueden circular las bicicletas por los arcenes si no se prohíbe expresamente.

Íbamos todos contentos, hablando y escuchando la radio, pero el cansancio y el hambre nos hicieron pensar en buscar un sitio donde parar. Como las autovías no pasan por ciudades ni cerca de edificios,

tuvimos que salir a un área de servicio y lo hicimos por un carril de desaceleración. Aprovechamos para estirar las piernas y compramos una botella de agua y unos bocadillos.

Antes de ponernos en marcha llenamos el depósito de gasolina para poder llegar hasta Mérida. Después de un rato, llegamos al cruce del desvío de Plasencia; allí teníamos que recoger a mis abuelos.

Al salir a la nueva carretera lo hicimos con precaución porque el firme es diferente y las normas de circulación cambian. Por ejemplo: disminuye la velocidad máxima permitida, además, ya sólo tenemos un carril para cada sentido y para adelantar debemos tener mucho cuidado por si viene algún vehículo de frente.

Mis abuelos se pusieron muy contentos, sobre todo porque hacía mucho tiempo que no veían a todos sus nietos.



## 26. CONDUCCIÓN NOCTURNA

Fuimos a pasar el día a la sierra. Hacía muy bueno. Comimos, merendamos y cuando nos dimos cuenta se nos había hecho muy tarde.

—Nos tenemos que marchar a casa —dijo papá—, ya sabéis que a mí no me gusta conducir de noche. La conducción nocturna es más difícil y la visibilidad se reduce.

Raúl y Eduardo exclamaron:

—¡Papá, vamos a quedarnos un poco más!

—No, no podemos, os diré una cosa importante que nunca la deberéis olvidar: «Por la noche no se aprecian bien las distancias y es tan fundamental ver como ser visto».

Emilio y Rosa (los abuelos) daban la razón a Ubaldo y tenían un gran empeño en que nos pusiéramos en marcha para regresar. Sabían que por la noche la velocidad es menor, que al llevar las luces encendidas tendríamos que tener cuidado para no deslumbrar ni ser deslumbrados por ningún otro vehículo.

A pesar de nuestras protestas, recogimos todas las cosas y emprendimos el regreso a casa. Salir pronto no evitó que antes de llegar se nos

echara la noche encima y papá tuviese que encender las luces del coche.

Cuando venía un coche de frente papá siempre cambiaba de luz de carretera por la de cruce para no deslumbrarle. Pero algunas veces un coche que venía de frente no cambiaba la luz y le deslumbraba.

Circulaba delante de nosotros un coche rojo. Cuando nos íbamos acercando a él y a menos de 150 metros, cambió las luces de carretera por las de cruce porque si no le podía deslumbrar y provocar un accidente.

—¿Sabéis por qué cambio la luz cuando nos acercamos a ese coche que va delante si por la parte de atrás no se puede deslumbrar? —preguntó papá.

—Sí, se puede deslumbrar por el espejo retrovisor —contestó Raúl.

Íbamos todos mirando la carretera desde el asiento de atrás. Papá tenía razón: con la oscuridad se ve mal la carretera, pero papá conduce con mucha prudencia y todos nos sentimos muy seguros.



## 27. LA LLUVIA

Nos quedaban 35 kilómetros para llegar a Madrid y comenzaba a llover suavemente.

Marisa, que tiene el permiso de conducir hace dos meses, comentaba que fuese despacio, porque las primeras gotas que caen son las más peligrosas y existe riesgo de deslizamiento.

—Ve despacio —comentó el abuelo.

—No se preocupe abuelo —dijo Eduardo—, papá lleva muchos años conduciendo.

—Cuando llueve —intervino Ubaldo en tono tranquilizador— hay que ir despacio porque los neumáticos se agarran menos y la visibilidad disminuye. Pero no os preocupéis, que siendo prudente y llevando una mayor distancia de seguridad, no tiene por qué pasar nada.

—Señor Ubaldo —dijo Adela, la amiga de Raúl—, por detrás no se ve nada. Están los cristales empañados.

—Pronto se desempañarán —contestó Ubaldo—. Ya he puesto en funcionamiento la luneta térmica trasera y la calefacción delantera dirigida al parabrisas.

Cada vez la lluvia era más intensa. Los limpiaparabrisas casi no podían cumplir con su función. La visibilidad cada vez era menor.

—Deberías poner la luz de cruce —comentó Marisa.

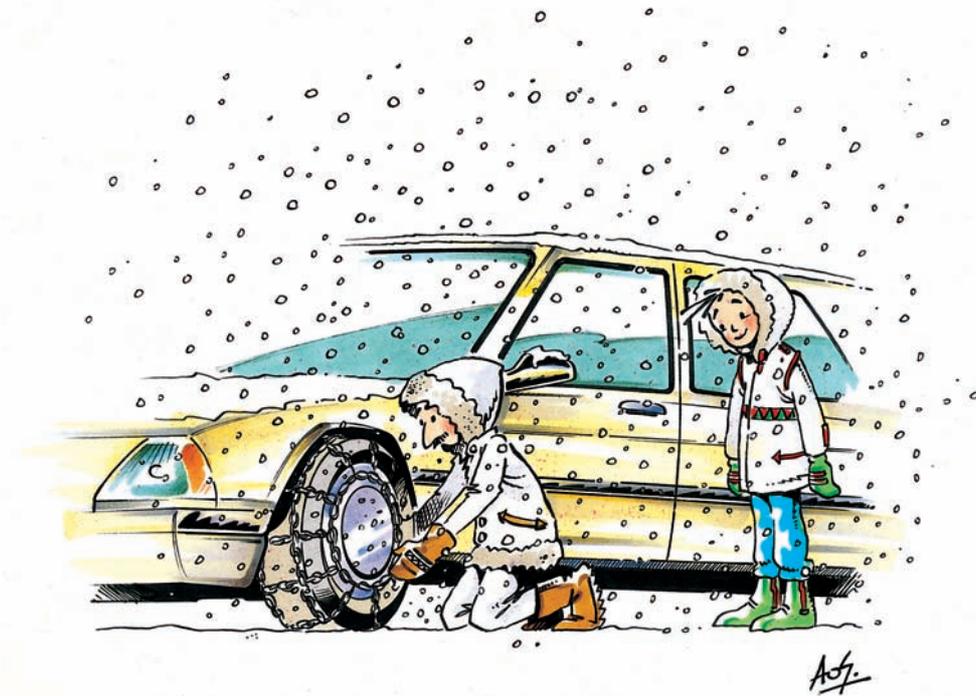
—Sí, tienes razón —dijo Ubaldo mientras giraba la palanca que encendía el alumbrado.

—Afortunadamente ya estamos llegando —dijo Micaela con un cierto tono de preocupación.

Ubaldo frenó suavemente frente al portal de Adela.

—Hasta mañana —se despidió Adela.

Poco a poco había dejado de llover, pero la carretera estaba todavía mojada y había que seguir conduciendo con mucha precaución.



## 28. LA NIEVE

Todo estaba cubierto de nieve, hacía frío y pensábamos salir hacia Madrid después de comer.

Retiré la nieve de las puertas del garaje hasta la calle para poder sacar el coche.

Raúl y Eduardo hacían bolas de nieve y se las tiraban a Micaela.

Mientras Marisa preparaba las maletas, me acerqué al bar a despedir a los amigos.

—Ubaldo, como siga nevando tendrás que quedarte —comentaba Luis.

—Espero que deje de nevar y pueda viajar —contestó Ubaldo.

—Si se te congela el parabrisas —continuó Luis—, un buen remedio casero es mezclar orujo con el agua del depósito del limpiaparabrisas.

—¿Te vas hoy Ubaldo? —preguntó Paco, que en ese momento llegaba a desayunar.

—Sí, después de comer —contestó Ubaldo.

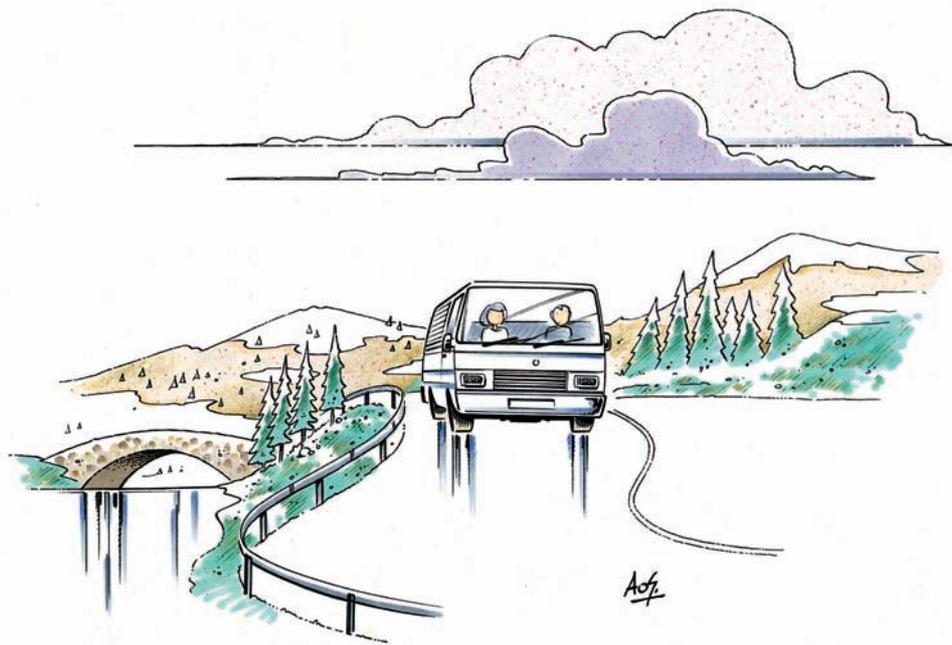
—Pues ya puedes ir con cuidado —continuó Paco con tono magistral—. Debes revisar el anticongelante si hace mucho tiempo que no lo

has cambiado. Para evitar el deslizamiento, procura circular por la misma rodadura del vehículo que te precede. Si el coche te patina o derrapa tendrás que mover el volante hacia el lado contrario a donde se deslice la parte trasera del vehículo. Además, ya sabes que tienes que mantener una distancia de seguridad suficiente y no pisar el freno.

—Oye, ¿y las cadenas? —preguntó Ubaldo.

—Como sigue nevando —continuó Paco—, llévalas preparadas, pues posiblemente las tengas que poner. Ya sabes que se colocan en las ruedas motrices, es decir, en las ruedas donde va la fuerza del motor y siempre se debe circular muy despacio. Cuando nieva, la visibilidad disminuye y la distancia de frenado puede ser hasta diez veces superior a lo normal.

Después de estos consejos invité a Paco a desayunar y nos despedimos hasta la vuelta.



## 29. EL HIELO

—¡Raúl, Micaela! Ayudad al abuelo a sacar las maletas, que se nos hace tarde.

La familia estaba muy ajetreada preparando el viaje al pueblo de Ubaldo. Iban todos, hasta el abuelo Emilio y la abuela Rosa.

Después de cargar la furgoneta y acomodarnos todos, emprendieron el viaje.

—Ten cuidado con aquella curva, pues ya sabes que no da el sol y anoche heló mucho, seguro que ese trozo de carretera está como un cristal —comentó el abuelo.

—Y si está helado, ¿cómo pasamos? —dijo Raúl.

—Pues muy despacito y sin pisar el freno, pues si se pisa nos podemos dar un buen baño en el río y el agua tiene que estar... Podéis comprobar —seguía explicando Ubaldo— que, circulando despacio y sin pisar el freno, no pasa nada, además, cambié los neumáticos hace 15 días, y ahora se agarran muy bien.

Eduardo parecía el más interesado en las cosas del tráfico y constantemente iba haciendo preguntas.

—¡Ten cuidado con aquel coche que va delante!, porque si frena chocaremos con él —le dijo a Ubaldo.

—Con esta distancia de seguridad que llevamos es suficiente para no chocar; no te preocupes —contestó Ubaldo.

—¿No habrás dejado las cadenas en Madrid? —intervino el abuelo—. Ya que cualquier día amanece todo nevado y no podremos circular en esas condiciones sin cadenas.

—No se preocupe, Emilio, las tengo en el maletero —contestó Ubaldo.

Una vez allí, visitamos a mi familia y de regreso a Madrid hacía un esplendoroso sol, lo que nos ayudó a regresar sin ningún inconveniente.



### 30. LA NIEBLA

Eduardo y Micaela viajaban en silencio en los asientos posteriores del coche. Sus caras desprendían inquietud y miedo. Marisa, que iba sentada en el asiento delantero junto a Ubaldo, se volvió hacia ellos cariñosamente y les dijo que se tranquilizaran, que no pasaba nada y que pronto llegarían.

Ubaldo conducía en silencio muy arrimado al parabrisas en un intento de ver más, pero era inútil, la carretera se veía cada vez peor.

La noche había caído. Para evitar que el parabrisas se empañase había orientado el chorro de aire hacia él y utilizaba periódicamente el limpiaparabrisas.

De vez en cuando ponía la luz de carretera, pero inmediatamente volvía a la de cruce, ya que con la larga veía peor porque se reflejaba la niebla y le deslumbraba.

Un vehículo se acercó por la parte posterior. Se dio cuenta en ese momento de que no había puesto la luz antiniebla trasera y lo hizo inmediatamente. Miraba por el espejo retrovisor para observar al otro vehículo. «Debe ser un buen conductor», pensó, «ya que no

adelanta en estas condiciones y mantiene una correcta distancia de seguridad».

De pronto, como por arte de magia, la niebla desapareció, mejoró la visibilidad, la calzada se secó y las condiciones de la conducción cambiaron radicalmente; entonces apagó la luz de la niebla.

Ubaldo, utilizando su intermitente derecho, cedió el paso a otro vehículo que circulaba detrás de él y, a un saludo de cortesía con el claxon, él respondió con otro.

Eduardo y Micaela, como es habitual en ellos, comenzaron a reír y a jugar: ya no tenían miedo. Ubaldo se sentó cómodamente en su asiento y respiró tranquilo. Marisa miraba a Ubaldo y pensaba orgullosa en lo bien que conducía su marido.



### 31. EL VIENTO

Ubaldo metió el equipaje en el maletero y se disponía a emprender el viaje con su familia: se iban a pasar un puente en la playa.

Llevaban tantos bultos que había tenido que poner tres maletas en la baca porque con las sillas de la playa casi habían llenado el maletero.

Para ser el primer día de vacaciones, el tiempo no era muy bueno: se había levantado viento a última hora.

Ubaldo comprobó que las cuerdas que sujetaban las maletas estaban fuertemente fijadas, y subieron todos al coche.

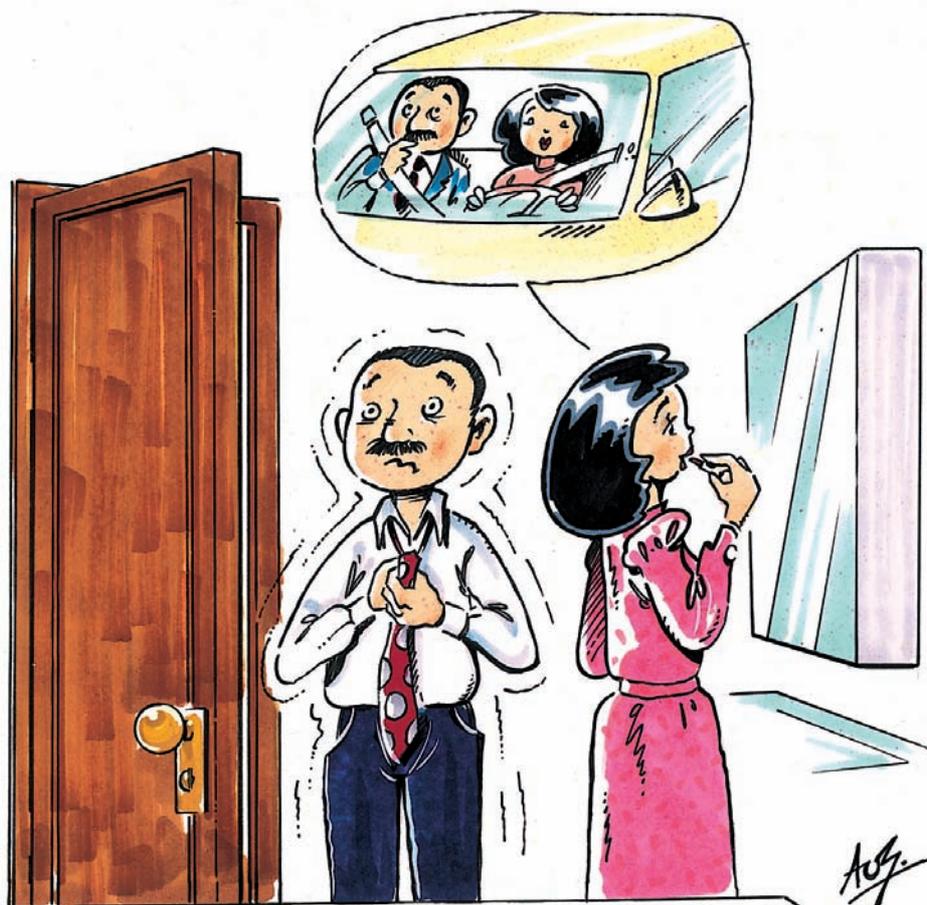
—¡Ubaldo, ve más despacio! —dijo Marisa.

Ubaldo iba pendiente del coche que tenía al lado, porque parecía que los golpes de viento le empujaban hacia él. No entendía por qué se le iba la dirección. Él a veces había conducido con ese viento y el coche no había reaccionado así (no se daba cuenta de que al llevar las maletas en la baca, el coche perdía mucha estabilidad).

De repente, oyó un golpe tremendo: la cuerda se había roto y las maletas, con el viento y la velocidad, habían salido disparadas. Una de ellas había golpeado al coche de atrás.

Ubaldo se acercó a la derecha para parar. El pobre hombre que conducía el coche de atrás estaba pálido. Llevaba un remolque y casi le hizo volcar. Una vez tranquilos en el arcén, los dos reconocieron que llevaban demasiado equipaje para viajar en un día tan ventoso.

En ese momento se fijaron en el saco de franjas rojas y blancas que había colocado en lo alto de un poste y que señalizaba la zona donde el viento supone un peligro: el saco tendía a ponerse casi horizontal.



### 32. LOS NERVIOS

Los padres de Adela habían invitado a los Fernández a cenar en su casa. Celebraban su llegada a España hacía un año.

Los Gómez, que así se apellidaba su familia, eran inmigrantes de la República Dominicana. Siempre habían soñado con poder viajar a España y al final su sueño se había convertido en realidad.

Como para todos los inmigrantes, los principios fueron muy duros. Las dificultades se fueron superando gracias a la buena acogida de los españoles y la ventaja de hablar un mismo idioma.

Ubaldo estaba muy nervioso, era la primera vez que iba a ver a los padres de Adela.

Mientras Marisa se pintaba los labios ante el espejo del baño, Ubaldo intentaba, una y otra vez, hacerse el nudo de la corbata.

—Nada, que no hay forma —murmuraba Ubaldo.

Marisa, que le observaba por el rabillo del ojo, se volvió hacia él y con gran tranquilidad se la anudó.

—Si estás nervioso es mejor que conduzca yo —dijo Marisa.

—Estoy un poco nervioso, pero creo que puedo hacerlo —contestó Ubaldo.

—Bueno, pero de todas formas conduciré yo, que estoy más tranquila.

Ubaldo sabía que era la mejor solución. Los nervios y la intranquilidad no son buenos amigos de la conducción. Es necesario conducir tranquilos, pero no despreocupados, siempre muy atentos a lo que pueda suceder en la carretera.

La cena había sido un éxito. La familia de Adela era muy simpática. Cuando sólo llevábamos una hora juntos, parecía que nos conocíamos de toda la vida.

Después de los nervios que Ubaldo había pasado, regresaba muy feliz y contento. Ya no estaba nervioso y podía conducir sin problemas.







MINISTERIO  
DEL INTERIOR

 *Dirección Gen. de Tráfico*

